PENAGOS
XXIV

1
233440

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

LA NOVELA DE NOCHE

A TODO AMOR

POR FELIPE SASSONE

PTA.

1
233440

47|1504270

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 473
Año I. Madrid, 15 de agosto de 1924 Núm. 10.

¡A TODO AMOR!

POR

FELIPE SASSONE
Ilustraciones de PENAGOS

UNA PESETA

BIBLIOTECA MADRID

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.
1924

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I *La Virgen Desnuda.*
II *Desamor.*
III *De Pecado en Pecado.*
IV *El Pozo de las Pasiones.*
V *La Bien Pagada.*
VI *Emocionario.*
VII *La Sin Ventura.*
VIII *El Divino Pecado.*
IX *Con el pie en el Corazón.*
X *San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI *Hombre de Amor.*
XII *Un Hombre Extraño.*
XIII *En Carne Viva.*
XIV *Una cualquiera.*
XV *Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV. *Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI *El Jefe Político.*
XXVII *... A Besos y a Muerte.*
XXVIII *Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS
DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

R. 322186 I

I

La puerta del comedor se abrió de pronto con tal violencia que toda la habitación vibró un instante como por la sacudida repentina y breve de un movimiento sísmico. Se quejaron con un crujir seco las junturas de los muebles; la enorme lámpara central que pendía del techo osciló con un ruido de cadenas, y un retemblido agudo corrió por las porcelanas de la vajilla y por los cristales de las ventanas y de los aparadores.

Rosa, asustada, soltó la pluma con que estaba escribiendo, y se irguió:

—¡Eh! ¿Quién va?

—Yo, mujer, yo: Ana María...

—¿Tú? Pero ¿cuándo has llegado?

—Ahora, ahora mismo.

Se abrazaron, y en el breve silencio del



abrazo se oyeron los dobles chasquidos de cuatro besos efusivos y ruidosos y el largo lamento del reloj de pared, que daba la campanada de las once y media. En la calma de la noche el sonido grave, aterciopelado y broncíneo, se expandió como un líquido por toda la estancia, resonó bajo la pantalla de cristal y fué a ahogarse en la blanda sinuosidad de las cortinas.

—¿Pero ahora? ¿Llegas ahora?—insistió Rosa, llenos de asombro los ojos y la voz.

—Sí, chiquilla; el sereno me reconoció, y aquí me ha abierto Paca, a la que he tenido que hacer callar para que no despertara a tu madre. ¡Gritaba de alegría, la pobre Paca! Tía Asunción duerme; ¿verdad?

Rosa respondía, obligando a sentarse a su visita:

—¡Naturalmente! Hace ya una hora larga que se acostó. Pero siéntate, descansa; cuenta, mujer...

La curiosidad y el júbilo atropellaban las preguntas en los labios de Rosa.

—Cuenta. ¿De dónde vienes? ¿De Madrid?

Ana María asintió con la cabeza. Rosa continuó:

—Pues, mira, te estaba escribiendo; no creí que llegarías tan pronto...

En aquel viejo comedor castellano, con sus butacones de cuero y sus aparadores de roble tallado, obscuros y severos, resaltaban ahora, como un contrasentido alegre y anacrónico sobre la amarillez de los muros y el tono sangriento de los damascos antiguos, las voces, los tocados y la juventud de las dos mujeres. Eran primas y tenían casi la misma edad; pero no se parecían. El parentesco era por la línea materna de Rosa.

Doña Asunción Zurita había nacido en Málaga, pero casó y hubo de seguir a su marido, que era comandante entonces y murió con entorchados de general, a tierras de Castilla, donde le nacieron dos retoños: Fernando, a la sazón militar, ya con mujer e hijos, destinado en el Peñón de la Gomera, y Rosita, que había salido en todo, en el tipo y en el carácter, al autor de sus días, y estaba en los veinticinco años de su edad. El general don Pedro Merino Veitia fué un castellano sobrio y austero, de tez olivastra y ojos

enérgicos, de entendimiento mediano y normal, conservador respetuoso para con todo lo estatuído y de una acrisolada honradez. Su hija, aventajándole mucho en inteligencia, había heredado sus virtudes, y era morena también, aunque más clara, y enérgica también, aunque más dulce, y con el mismo fuego y la misma lealtad en los húmedos, grandes y profundos ojos negros. Alta, delgada sin ser flaca, esbelta y airosa como un álamo ribereño, estaba toda ella ungida de reposada armonía y de graciosa seriedad. No representaba sus años, que eran más viejos los ojos pensativos y más jóvenes la boca fresca, la piel tersísima y el cuerpo ágil y casto de Diana Cazadora. Vestía una bata de lanilla azul claro, y sobre el tono de las ropas y bajo los aladares del cabello negro y brillante, el óvalo del rostro pálido tenía a la vez la mística y humana serenidad de una madonina rafaelesca y lo iluminaba aquella sonrisa vaga y ambigua que hizo inmortal a la Gioconda de Leonardo.

Ana María, hija de una inglesa y de un hermano de doña Asunción, malagueño también, era blanca y rubia, con el rubio mater-

no en los cabellos y la sandunga de su padre en el cuerpo, una de esas andaluzas de oro, de esos tipos nuevos que alegran aún más el alegre cielo de Málaga, en los jardines y tras de las verjas, a las puertas de los británicos palacetes del paseo del Limonar. Tenía veintiocho años ardientes, que le florecían en los labios abultados, sensuales y golosos; en los pechos altos, temblorosos y redondos; en las amplias caderas de *bailaora,* y en el jaspe de sus ojos extraños, fulgentes y malignos, como dos gemas vivas. Casada con un inglés, mientras su marido, míster Charles Dawson, recorría las tierras de la América española acreditando una nueva marca de *whisky,* ella paseaba por Europa su momentánea viudez y ahora llegaba desde Madrid a la provinciana casa de su prima, y venía envuelta en pieles caras, tocada con un gracioso gorrito de viaje, a esparcir sus revolucionarias risas mundanas y sus perfumes de París en aquel silencio bienoliente a manzanas puestas a madurar entre el lino casero en los antiguos roperos y aparadores de roble.

—¿Quieres que despertemos a mamá?—le preguntaba Rosa.

—No, no, déjala; ya me verá mañana.

Rosa preguntaba aún:

—No habrás comido en el tren. ¿Quieres que te dé algo? Hay chorizo y sobreasada que trajeron hoy de San Miguel los colonos, y Paca te puede freír un par de huevos; no es tan tarde... ¿Quieres? Anda, anda, quítate el velo, el sombrero, mientras yo voy a prepararte la cena.

Y ágil y nerviosa, sin dejar de hablar, felicitándose por la llegada de su prima, Rosa salió del comedor.

Ana María se quitó el gorrito y el velo, ahuecó sus cabellos dorados ante el espejo y consideró un instante, como reconociéndolo, aquel viejo comedor donde había pasado sus primeros años de casada, cuando su marido viajaba por tierras de España vendiendo cajones y más cajones del alcohólico brebaje escocés, antes de embarcar para América, donde lo había acompañado dos años. Todo estaba igual, como si aun viviera el buen general don Pedro Merino Veitia, que en la penumbra, en lo más alto de la pared más amplia, seguía aún en efigie, desde un cuadro al óleo, como un venerado icono familiar,

presidiendo la casa con su duro entrecejo y sus grises mostachos militares.

En el centro de la mesa, sobre el paño verde que la cubría, blanqueaba bajo el haz de luz rojiza de la lámpara un pliego de papel, en que Rosa había empezado a escribir "Queridísima pri...".

—¡Me recordaba!—pensó Ana María.

.....

—Ahora mismo vas a comer.

Era Rosa, que volvía apresurada y alegre y acudía solícita a servir a su pariente. Abrió un aparador de roble tallado, sacó de él un mantelillo de te, pequeño y mono, a cuadros azules y blancos, lo tendió sobre la mesa y extrajo de la alacena una sarta de chorizos, un trozo de sobreasada y un gran pan de hogaza, moreno, redondo y familiar. Luego dispuso los platos y el cubierto.

—Pero ¿qué es esto, chica? ¿Me vas a dar un banquete?—preguntaba riendo Ana María, mientras Rosa, sin darse sosiego, insistía aún, hospitalaria y amable:

—Verás, verás; aun tengo más cosas.

Y uniendo la acción a la palabra, trajo un par de manzanas, una botella de vino, un

gran trozo de queso fresco y una jalea de membrillo que ella misma había confeccionado con sus manitas santas de señorita casera y hacendosa.

—Ahora te traerá Paca los huevos fritos; anda, tú ve comiendo.

Y empezó a hacer rajas el chorizo, la sobreasada y el pan.

Con el ajetreo y el ruido, el gato negro, que se acurrucaba hecho una bola sobre una butaca en un rincón del comedor, despertó de pronto, enarcó el lomo desperezándose, alisóse un instante los bigotes, miró en derredor con el estúpido asombro de sus redondos ojos amarillos y vino a restregar su cabecita de terciopelo en las piernas de la recién llegada.

—¡Hola, *César!* ¡Pobre *César!* ¡Me ha reconocido! ¡Qué viejecito estamos!—exclamó alborozada y mimosa Ana María. Y cogiendo por el vientre al gato, le subió a la mesa El digitígrado, gordinflón y harto, lo olisqueó todo sin probar nada, y tornó a apelotonarse, roncando de satisfacción.

Precedida por un fuerte olor a aceite y a ajos, que era como su anuncio, llegaba Paca



trayendo los huevos fritos, que crepitaban en el plato deshaciendo el ópalo de sus burbujas hirvientes.

—Aquí tiene la señorita, y que le sienten bien y de salud le sirvan.

Era una castellana recia y morena, como tallada en un tronco de encina. La piel, terrosa y dura; el rostro, casi inexpresivo; los pómulos, salientes; los ojillos, como dos agujeros, y la boca, un largo costurón sin labios. Vestía sencillamente de negro, pero había tenido el cuidadoso respeto de ponerse

un delantal. Cruzadas las sarmentosas y morenas manos sobre el vientre, hubo de advertir:

—Despertaré a la mi señora, que ella tiene las llaves y habrá que sacar ropa para hacerle la cama a doña Ana María.

—No, no, déjala dormir—repuso prontamente la aludida—. Rosa me cede la mitad de su cama por esta noche; ¿verdad?

—¡Ya lo creo! ¡Con mil amores!

La criada les respondió:

—Como las señoritas dispongan. ¿Querrá tomar café doña Ana María?

—Desde luego, aunque no me deje dormir—dijo Ana, y después de interrumpirse para beber un sorbo de vino, agregó:—Si no tomo café me parece que no he comido.

Cuando ya la criada se marchaba a cumplir la orden, Rosa exclamó:

—Tráeme una taza a mí también, que a mí nada me quita el sueño.

—¿Nada?—dijo Ana María, mirando maliciosamente a su prima—. ¿Ni la perspectiva de casarte?

Las dos mujeres se pusieron a hablar del proyectado matrimonio de Rosa. Su novio,

un muchacho castellano y militar también, que dejó la carrera para marchar a América en busca de mejor porvenir, había escrito desde Lima diciendo que sus negocios le iban bien, que quería casarse por poder y que su esposa fuera a reunirse con él. Para eso aprovechaba el viaje de Ana María, que, de regreso a Lima a juntarse con su marido, míster Dawson, podía acompañar a su prima en el viaje.

Al hablar de ello, Rosa evocó toda su vida en aquella vieja ciudad castellana, de cuyo nombre, como el autor del poema inmortal, no hubiera querido acordarse. Fué una juventud reposada y triste la suya. Muerto su padre, el general, antes de que ella cumpliera los diez y ocho años, casado y con hijos su hermano, que al ser destinado al Peñón de la Gomera dejó la administración de sus tierras en el pueblo de San Miguel, unas tierrucas de pan llevar, trigo y avena y unas pocas cabezas de ganado de cerda, Rosa habíase quedado a vivir con su madre en la casona de la ciudad y ambas atendían a sus subsistencias con la viudedad y la renta que daban los colonos de San Miguel. La vida era quie-

ta y dormida en aquella amarilla y vetusta ciudad castellana, donde muy de tarde en tarde llegaba algún extranjero curioso a ver tal cual iglesia de Churriguera o plateresca, una esbelta torre románica, dos o tres antiguas y graciosas construcciones de estilo mudéjar, la catedral, el palacio de los reyes, el más antiguo y el más funesto de los Felipes de España, unas esculturas en madera policromadas de Alonso Berruguete, unos pasos religiosos de talla de Juan de Juni y una casa que decían de Cervantes y que el capricho de un noble rico había limpiado, acicalado de postizos y disfrazada de antiguo al mismo modo lamentable que la casa del Greco en Toledo. Allá, por el otoño, algunas compañías dramáticas o zarzueleras empezaban a llegar desde Madrid para alegrar las veladas en los tres teatros de la ciudad, que ostentaban respectivamente en los rótulos de sus fachadas los nombres de dos poetas clásicos del Siglo de Oro y de un gran poeta romántico del siglo XIX; la estatua de este último se erguía en bronce, sobre un pequeño pedestal, a la entrada de un paseo muy grande de árboles frondosos y polvorientos, a cuya som-

bra paseaban las señoritas de la localidad con sus novios, saludándose todos, conociéndose todos, criticándose todos, ora cabe la glorieta de madera, donde una banda militar machacaba los ritmos de óperas antiguas, de viejas zarzuelas o de canallescas danzas tropicales, cuándo más avanzada la noche, entre los bosques de plátanos, en cuyas copas desleían bajo la plata de la Luna su lírica cristalería los no vistos ruiseñores. Allí se hizo novia Rosa de Federico Martín Alcázar. Cuando le conoció tenía ya el grado de teniente y cursaba el último año de Medicina.

Fué en la plaza de toros, en una benéfica corrida mixta de aficionados y toreros, que Rosa presidió con Ana María y con otras señoritas de la localidad. El espectáculo, parodia de la verdadera fiesta española, sin la grandiosidad bárbara y pintoresca de las corridas formales, era de una estúpida y repugnante crueldad. Un puñado de zagalones fornidos, entre los diez y ocho y los veinte años, tocados con gorras de organilleros truhanes, vestidos con largas y blancas chaquetas de hilo a modo de mancebos de peluquería, con toscos pantalones de calle sin



planchar, deformados por las rodilleras, mal ceñidas las fajas de colores rabiosos y calzando blancas alpargatas de lona, corrían y saltaban bajo el sol rabioso y entre nubes de polvo, adoptando mil posturas grotescas, en verdaderas cuadrillas de forajidos, tras unas pobres becerras, terneras más bien, escuálidas y anémicas, que huían cayendo y tropezando, y sin poderse valer de sus cuernos inofensivos, morían, tras de balar como ovejas, acribilladas a estocadas y puntillazos. Ni un solo destello de arte o de valor. La fiera del público no rugía ni se entusiasmaba como en las corridas formales, buscando una expansión, una válvula de escape, un desahogo al sentimiento trágico de la vida, tan característico de nuestra raza; su borrachera de sangre, que sangre había al fin en aquella infame y alevosa carnicería, traducíase en un desenfreno cómico de improperios, de chistes y de risotadas, celebrando lo ridículo del cuadro cada vez que un pobre animal corcoveaba con una banderilla en una oreja y un estoque en las ancas, y el lidiador, el pseudolidiador, empujado apenas en la loca huída de la res, caía dando cabriolas como un pelele para

ra medir la tierra con las posaderas. El "oro, seda, sangre y sol" de la calumniada fiesta viril, ya no era sangre de lucha, sino de martirio, y era también polvo, mugre, sudor e idiotez.

Rosa, sin explicarse bien el porqué, asistía con cierto vago malestar a aquel espectáculo desagradable y pueril, en que había la misma crueldad que hay en los niños cuando arrancan las alas de una mosca, o tiran un gato al agua, o atan una lata con cohetes a la cola de un pobre perro. Mas apareció el cuarto toro, que éste ya lo era, aunque joven: un utrero negro como el ébano, nervioso y fuerte, de preciosa lámina y bien puesta encornadura, y el cuadro cambió. Era un torete especial para el teniente Federico Martín Alcázar, el señorito-torero como le llamaban, muy práctico y muy diestro en menesteres tauróFilos. Federico vestía traje corto, chaquetilla de terciopelo verde obscuro a la jerezana y pantalón de talle color avellana, muy ceñido en las caderas y que iba holgándose al bajar de los muslos para volver a abotinarse al llegar a los pies. Federico era alto, esbelto y ágil; en el rostro, aniñado, muy blan-

co y de tan fina y tersa tez que se acusaba fácilmente el vago serpentear de ónix de las venas, lucían su dulzura melancólica los claros zafiros de los ojos, y dorábanle las sienes con un tenue y apagado brillo de oro viejo los cabellos rubios bajo las negras alas del amplio sombrero cordobés. El toro le acudió pronto y franco al capote, y allá, en los medios, el señorito-lidiador le sorteó cinco veces por verónicas, marcando muy bien los tiempos, acompañando con una airosa inclinación de cabeza el acompasado tirar de los brazos, muy erguido sobre la punta de los pies, sacando el pecho tranquilo y sereno mientras las buídas astas de la fiera rozaban los cándidos canelones y los encarrujados adornos de su camisa torera. Después, iniciado un lance por bajo, tiró rápido del capote desde el hocico de la fiera y giró sobre los talones en una navarra; agitó el rojo trapo sobre su cabeza con un movimiento ondulante de danzarina oriental en el lance que llaman de farol, y por último, despreocupado, despectivo y valiente, echóse el toro atrás en el ceñido remate de una media verónica, mientras se rompía el aire bajo el múltiple trueno de la ovación. Le

quiso banderillear él mismo, y lo hizo por tres veces, al cuarteo, andándole hasta la cara con el rítmico y elegante paso de quien danza un minué y esquivando el hachazo con un ágil brinco, para cuadrar en la cabeza, en alto los brazos, derecho el busto, formando con el enemigo un armónico grupo escultórico en la peligrosa y definitiva conjunción de hombre y bruto que remataba la suerte. El espectáculo volvía por sus fueros y adquiría línea, color, armonía y plástica grandiosidad. Cuando los clarines decretaron la muerte del toro, Federico Martín Alcázar llegóse ante el palco presidencial, *cordobés* en mano, rubio, sonriente y galante como un abate madrigalista. Y fué un madrigal en prosa lo que dijo con voz estentórea para que lo oyera toda la plaza, dedicado a Rosa Merino, cuyas bellezas cantó. Ella estaba vestida de rojo, embellecido por la emoción el rostro pálido bajo el palio de encaje de la mantilla, y en medio del pecho un apretado ramo de claveles blancos era como un milagro de rosas de nieve sobre el volcán de su corazón. La plaza entera, loca de entusiasmo, prorrumpió en un aplauso de homenaje a la brinda-



da. La aplaudían por bonita, y ella debía al lidiador el homenaje, y sentía un vago deseo de llorar, por orgullo de sí misma y por gratitud. Allí, frente al palco, completamente solo con el cornúpeto animal, realizó Federico su faena con la facilidad y el dominio de un maestro. Prendida a los vuelos de la muleta, la fiera seguía acompasadamente el trapo rojo con la docilidad de un caballo de circo, y fueron varias series de pases seguros y elegantes, ora de pie, ya de rodillas, casi sin soluciones de continuidad, algo tan compuesto, tan seguro, tan bien combinado, como la frase de esgrima de un tirador elegante, y cuando el toro se detuvo en un breve reposo y juntó los cuatro remos descubriendo el rizoso morrillo, el matador armó el brazo, se perfiló y se dejó caer lentamente para salir rozando los costillares en la legítima suerte del volapié, mientras la res, herida de muerte, se revolvía inútilmente en un escorzo violento para vengarse de su matador. Sólo el rojo puño de la espada, enteramente hundida, lucía como un adorno en los negros lomos del animal. El toro abrió la boca, llena de una espuma sanguinolenta, agitó un ins-

tante la copuda cola, le temblaron los ijares, le flaquearon las piernas, dió un breve mugido y se desplomó de pronto como herido por el rayo, vueltas las cuatro pezuñas a la gloria del sol. El acompasado coro de "oles" que había seguido el acompasado sucederse de los acompasados lances, se juntaba ahora en un unánime grito, y el ruido estruendoso de la ovación sólo se interrumpió un instante cuando diez mil pañuelos fingieron el vuelo de diez mil palomas sobre la masa negra y compacta de los tendidos. Federico Martín Alcázar, rubio, pálido, ágil y fino, como el gracioso absurdo de un personaje de Van Dyck vestido a la española, corría dando la vuelta al anillo y llevaba en la diestra la vellosa y negra oreja del toro muerto y los blancos claveles de Rosa, que se teñían de sangre.

Aquella misma noche, en el baile del Casino, Federico requirió de amores a Rosa. Y fueron las citas, siempre castas y nunca solos, en las funciones de teatros y cinematógrafos, en los tes aristocráticos, en los paseos nocturnos bajo las frondas pobladas de ruiseñores y a la salida de misa los domingos y fiestas de guardar. Un año duró aquel

amorío inocente, sin besos y sin sensualidad, hecho de palabras dulces, de proyectos y de divinas tonterías con que se iban comunicando dos corazones jóvenes y románticos, cerrados al pecado y abiertos a la esperanza. Cuando Federico Martín Alcázar quiso formalizar las relaciones y la pidió en matrimonio, el hermano de Rosa se negó rotundamente, alegando mil razones económicas y la excesiva juventud de los novios. Por aquel entonces Ana María marchaba hacia a América acompañando a su marido, el británico representante del brebaje escocés, y Federico pidió su retiro del Ejército y se marchó con ellos a buscar enfermos americanos que le aseguraran el porvenir. Rosa había prometido esperarle, y tres años llevaba de espera, casi sin salir, yendo tan sólo a misa, y a veces, al caer de la tarde, a pasear con algunas amigas al andén de la estación para soñar melancólica viendo los trenes que se iban.

—Bueno; ¿qué? ¿Has hablado con tu madre? ¿Te casas por poder o te vienes conmigo a América para casarte allí? Yo creo que soy de fiar—decíale Ana María, paladeando el riquísimo y aromático café.

—No creas que no me ha costado trabajo—respondíale Rosa—; pero al fin he logrado convencer a mamá, que se irá al Peñón de la Gomera a vivir con mi hermano y con sus nietos. Iré contigo, pero no me caso por poder: me casaré allá.

—Haces bien—exclamó Ana María—. Llega soltera allá, vuélvele a ver; tienes tiempo para casarte.

—¿Por qué me dices eso?

Ana María empezó a hablarle llena de sinceridad, fundándose en su experiencia de la vida y respondiendo a los dictados de su temperamento:

—Primero, que no es bonito casarse por poder; después, que sólo has tenido un novio, que le has querido ilusionada, un poco por costumbre y otro poco por vanidad, pero sin pasión, y, por último, créeme a mí, no es bueno casarse sin reflexionar: el matrimonio no es siempre la felicidad. Mejor dicho, casi nunca lo es.

—¿Lo dices porque estás casi siempre condenada a vivir lejos de tu marido?—preguntó ingenuamente Rosa.

—Porque estoy casi siempre lejos de mi

marido soy menos desgraciada—afirmó Ana María.

En ese punto de la charla apareció Paca, que venía a retirar las tazas, y las dos mujeres levantáronse de la mesa y asomáronse a la ventana, que Rosa abrió a la estrellada noche de abril. Había llovido poco antes, y la húmeda tierra del jardín exhalaba su vaho de afrodisia, que ponía en la carne de Ana María la certidumbre de un deseo lujurioso y en el ánimo de Rosa una imprecisa inquietud sentimental.

El verano no había acabado de llegar aún, y una tibia brisa primaveral mecía blandamente las hojas. Después de la lluvia, en la claridad radiante de la noche lunada, bajo el cielo todo polvoriento de estrellas, el jardín aparecía como lavado, brillante y azul, y las flores, enardecidas por la lluvia y por la noche, aromaban el ambiente con una exagerada intensidad. Era un olor enervante, amoroso y nupcial, a jazmineros, a malvarrosa y a naranjos en flor.

—¿Tienes algún motivo serio para estar quejosa de tu marido? ¿Qué es lo que te hace infeliz?—preguntaba Rosa.

De codos en el alféizar de la ventana, perdida en la lejanía la mirada, como en un recuerdo doloroso, habló Ana María:

—Motivos graves, razones serias que pudieran valer ante las gentes como valen para mis nervios y para mis sentidos, no, no los tengo, Rosa. Y eso es lo malo, que soy desgraciada con mi marido y nadie que no sea yo, nadie, ni él mismo, puede explicarse mi desgracia. Tú tampoco te la explicarías, aunque yo te contara y me esforzase. Es..., ¡qué sé yo!, una desarmonía, un desacuerdo entre mis ilusiones de novia y mis realidades de casada. Yo me casé con Dawson—Ana María llamaba siempre así, por el apellido, a su compañero—creyendo estar enamorada de él, pero sin estarlo en realidad. Lo peor es que casi todas las muchachas nos casamos así. Y es que no podemos estar enamoradas, porque una no puede enamorarse de lo que no conoce, y al novio... no lo conocemos. Lo conocemos en visita, como tal novio; pero no lo conocemos en marido. Nos lo figuramos, y figurarse no es conocer. ¡Oh! ¡Tú no sabes el efecto, la impresión que da, después del aturdimiento de la primera noche, sentir-

se a solas con un desconocido en una extraña habitación de hotel! Porque el marido es un desconocido, y tú una desconocida para él; no sabe tus costumbres, no te conoce tampoco, no es de tu familia. Así, todo fué para mí extraño en Dawson. Ya a la mañana siguiente, cuando le vi pasear en camiseta y calzoncillos por la habitación y le vi embadurnarse el rostro con el jabón de afeitar, me pareció un hombre completa y totalmente distinto de aquel otro que todas las noches llegaba a casa, muy pulido, muy correcto dentro de su smoking, con un ramo de flores o una caja de bombones. Sentí el horror del hombre desnudo, del alma desnuda, que ya no tenía interés en parecer bien ni en ser atractiva porque había logrado lo que se proponía. Me empezó a chocar todo en él: sus opiniones, sus gustos, siempre contrarios a los míos; me sentía lejos, muy lejos de ese hombre que en mi lecho, a mi lado, leía periódicos escritos en un idioma incomprensible para mí y fumaba un tabaco extranjero cuyo olor no me era familiar. ¡Y solos, siempre solos, sin los hijos que he esperado y deseado inútilmente!

Calló Ana María en un suspiro, y calló Rosa también, que mal podía entender los inauditos razonamientos de su prima.

Ana María, acostumbrada ya a la luz de la noche, miraba más allá del jardín la tierra negra extendida bajo la Luna. La sinuosa silueta de las montañas resaltaba por obscuro en el fondo luminoso del cielo, y el rumor del Duero, que arrastraba su cadena de agua, era como el murmullo de una oración, la oración de los álamos erguidos en la ribera lejana, graves, pensativos, quietos, tristes, como una inmóvil y gigantesca procesión de monjes.

—Piénsalo mucho antes de casarte—exclamó de pronto Ana María—. Después... no hay más remedio que el amante..., y... ¡es otro dolor!

—¿Un amante?—dijo Rosa temblando, ante la idea del pecado—. ¿Pero se puede engañar al marido, al elegido, a aquel a quien juramos amor ante Dios?

—Nos obligan a engañar—repuso Ana María—; sí, nos obligan. No hay marido que soporte la confesión de que no le quieres, y menos de que quieres a otro, y como

puede matarte, y como en España no hay divorcio, hay que engañar. El amor es más fuerte que todo, Rosa, y no nos enamoramos por nuestra voluntad. Además, el amante es el único capaz de hacer feliz a una mujer. El marido es dueño, tiene la seguridad de no perderte; por lo menos él cree tener esa seguridad, y te descuida. Ya... ¡Qué más le da! El amante vive siempre pensando en que no eres legalmente suya, en que aquello puede acabar... ¡Por eso te adora!

—¡Jesús, qué cosas dices!—exclamó sinceramente horrorizada Rosa.

Y ambas volvieron a callar.

En el fondo del jardín, donde el macizo de rosales hacía más sombra, brillaron dos chispas como dos ascuas, como dos carbunclos, como los ojos de un lobo hambriento avizorando la noche.

—¿Qué es eso?—preguntó Ana María—. ¿Hay gusanos de luz, luciérnagas?

—Son los ojos del perro, del pobre *Milord* —respondió Rosa—. Está ya tan viejo, que ni ladra siquiera. ¿No te acuerdas de él? ¡Era tan amiguito tuyo! En el retrato al óleo que te hizo el desventurado Fernando Pas-

cual Mata apareces con él. ¿No te acuerdas?

Un leve escalofrío corrió por el cuerpo de Ana. Asió por un brazo a su prima, y oprimiéndoselo fuertemente exclamó:

—Fernando fué mi amante, Rosa; se suicidó por mí.

Y como advirtiera que la chiquilla iba a gritar por la sorpresa, le tapó la boca con la mano y agregó:

—Sí, ya lo sabes. Fernando fué el amor de mi vida. Cuando Dawson me dejó aquí con vosotras, Fernando, que venía para hacerme el retrato, me enamoró. Su arte, su aureola, su gracia, su fama, me cautivaron. ¡Era tan inteligente, tan bueno, tan guapo!...

—¡Jesús! ¡Jesús!—murmuró Rosa.

—Nadie podía explicarse su suicidio. ¿Te acuerdas?—proseguía Ana María—. Pues fué por mi viaje a América, porque me iba... No pudo resistir el dolor de perderme. ¿Comprendes ahora?

Rosa se quitó de la ventana aborrascado el rostro pensativo. Luego, sentándose ante la mesa, apoyada en ella, con el mentón entre las manos, exclamó indignada, llena de esa

feroz crueldad irreflexiva e inflexible de las mujeres honradas:

—¡Debiste matarte tú! Tú, que habías pecado y tenías la culpa.

—¡Calla, por Dios!—gimió Ana María.

Paca apareció en la puerta.

—¿Saben las señoritas la hora que es? Dieron ahora las dos en el Ayuntamiento. ¿No van a descansar?

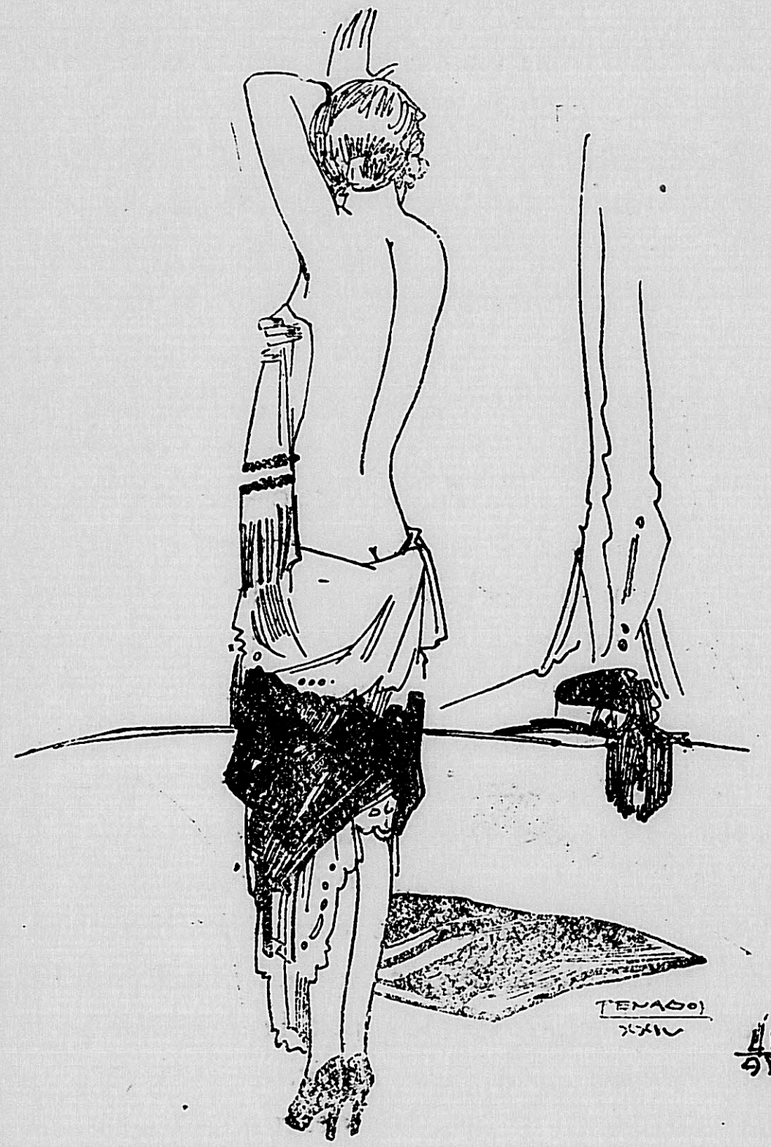
—Sí, Paca, sí; ahora mismo vamos—respondió Rosa dando el brazo a su prima, y luego, mientras la conducía al dormitorio, murmuró muy bajito, en un reproche:

—¡Loca, loca! ¡Quién lo había de pensar!

El dormitorio de Rosa era la habitación de la señorita soltera; la alcoba sencilla y clara como un sueño inocente. Un rectángulo de hasta ocho metros cuadrados, tapizadas de *satín* rosa las paredes, con un friso de cretona floreada, que era la misma que cubría los asientos y los respaldos de cuatro sillas, dos sillones y un sofá de madera blanca, modernos y sin estilo. Un gran ropero de luna de tres cuerpos, la cama no muy holgada, de la misma madera blanca, y una mesa-tocador, en la que sólo lucía el espejo, pues

la tabla estaba totalmente cubierta por telas y por encajes, componían el exiguo, pero suficiente mobiliario. En un pequeñísimo estante de pared, como en una hornacina, se alineaban, en una extensión no mayor de cincuenta centímetros, unos libros de lujo, versos de Campoamor y de Núñez de Arce, *Pablo y Virginia,* las rimas de Bécquer, la *María,* de Jorge Isaacs, y la *Atala,* de Chateaubriand. Sobre el estante, en un marco de plata, sonreía, con uniforme de teniente, el retrato de Federico Martín Alcázar. El metal de las pinzas, tenacillas, tijeras, limpiauñas y demás utensilios de aseo; el cristal tallado de los frascos de colonia y de perfumes para el pañuelo; el bote de la brillantina, la polvera y un par de floreros de porcelana, ponían su nota brillante y alegre en la rosada claridad de la estancia, y una virgen de talla, alta un palmo, erguida en una repisa, y un pequeño crucifijo de marfil, colgado a la cabecera del lecho, eran testimonios de religiosidad y devoción.

Ana María se despojó de sus ropas, y ya en camisa, que hizo resbalar de los hombros para arrollársela a la cintura, desnuda de



medio cuerpo arriba, ante la luna del ropero, al aire los alabastrinos globos de los pechos, se restregaba la piel con la toalla humedecida de agua de colonia.

—¡Qué blanca soy! ¿Verdad? ¡Parezco de mármol!—exclamó.

Rosa no reparaba en ella. Sentada delante del tocador, deshacíase el moño, y suelta la mata de pelo, disponía y ajustaba en dos apretadas trenzas los negros y abundosos aladares.

—Yo me acuesto primero—le dijo después Ana María—para calentarte la cama.

Y uniendo la acción a la palabra se metió bajo las cubiertas y agitóse impaciente entre ellas mientras Rosa continuaba, silenciosa y lenta, su peinado de dormir.

El ajetreo del viaje, la incomodidad de los asientos del tren, aquella cena a la par frugal y fuerte con su vinillo rústico, ardoroso y espeso a que no estaba acostumbrada; la afrodisia de los húmedos campos en flor que había aspirado por la ventana bajo la calma estrellada de la noche primaveral y la habitación y el lecho desconocidos y coquetos, despertaban, por una extraña aso-

ciación de sensaciones lejanas, en la mente y en los nervios de Ana María, una idea de aventura y de pecado, y encendian en su sangre un deseo de placer y de amor. Mientras Rosa empezó a desnudarse, atisbaba Ana María las desnudeces inciertas en la prisa que ella ponía al desceñirse la ropa, y la admiró totalmente desnuda en los fugaces instantes en que cambió de camisa. Entonces recordó, sin saber por qué, algunas teorías de su difunto amante el pintor y algunas lecturas que habían realizado juntos. Aquel cuerpo blanco, joven, flexible y largo, tan breve en la cintura y en la comba graciosa de las rodillas, tan ágil y armonioso en sus movimientos, más que un cuerpo de mujer hubiera parecido el de un efebo, a no ser por la curva amplia y blanda de los muslos y por las prominencias de los pechos, chicos y duros, un poquito alargados como dos limones. No; era mejor el cuerpo de una canéfora. Era un cuerpo virgen, lleno de posibilidades para el amor y que ignoraba el amor como la flor insconciente de su aroma que nadie había aspirado todavía, como el fruto ignorante de su sabor, cuya pulpa no habían herido aún



dientes humanos. Aquel cuerpo tenía la belleza limpia y segura del acero que aun no se ha manchado con la sangre de la riña, y Ana María evocó una armoniosa frase de D'Annunzio que su amante solía repetir muchas veces:

"Bella come una spada non brandita mai!"

¡Ah! No. Jamás habían contemplado sus ojos más hermosa y más lozana disimulación del humano esqueleto.

—¡Qué lindo cuerpo tienes, prima!—exclamó.

—¡Bah! Como el de todas las mujeres jóvenes—repuso Rosa indiferente e ingenua.

—No, todas, no—insistió Ana María—; pero desde luego los hombres, a no ser la excepción, nuestro marido, el mío por lo menos, no tiene el cuerpo así. ¡Qué feo es el cuerpo del hombre! ¡Qué feos los pies, juanetudos, enrojecidos; no como los tuyos, que parecen dos lirios! Y luego la piel, cubierta de vello como la de un animal feroz...

Rosa la oía sin escuchar y sin entender. Cuando se hubo puesto el largo camisón de

dormir, cerrado hasta el cuello, Ana María censuró:

—¿Pero duermes con esa túnica, mujer? ¿Te vistes de buzo para dormir?

—¡Qué cosas tienes!—opuso débilmente Rosa—. No me voy a acostar vestida de bailarina, ni mucho menos desnuda. ¡Sería una inmoralidad!

Y tras de pedir un sitio en el lecho se acostó al lado de su prima.

Estaban muy juntas, y Ana María la ciñó por la cintura y la besó en la boca con un beso ardiente y largo. Los labios de Rosa, inocentes y fríos, devolvieron el beso con más brevedad, y exclamaron después:

—Buenas noches, prima.

Acaso no era dormir precisamente lo que deseaba Ana María; pero ante aquella incomprensión tan candorosa y tan sin pecado, recordó, sin saber por qué, la frase de Rosa, dura y condenatoria: "Te debiste matar tú; tú, que tenías la culpa", y retirando el brazo con que la ceñía, devolvióle las buenas noches y se dispuso a dormir.

Rosa apagó la luz.

Más tarde, como Ana María sintiese enar-

decido su cuerpo por la proximidad de aquel otro cuerpo tibio y fragante, cuya tersura se adivinaba bajo el lino de la camisa, intentó unirse a él y abrazarle otra vez; pero sus manos tropezaron con el busto erguido de Rosa, que se había sentado en la cama.

—¿Qué haces?—le preguntó.

—Me había olvidado de rezar.

Ana entonces le volvió la espalda, se arrebujó en la sábana, cerrando muy fuerte los ojos, no queriendo pensar, no queriendo sentir, y acabó por quedarse dormida, mientras Rosa, devota y casta, en voz baja, llena de unción, rezaba Avemarías.

II

—¿Van ustedes a comer?

El mozo del coche-comedor había llegado hasta el coche-salón e interrogaba a Rosa ceremoniosamente:

—Se come a las siete—agregó.

Rosa interrogó a su vez a Ana María, que, frente a ella, se abismaba en *Le Lis Rouge,* la novela de Anatole France, que leía

en su delicioso e impecable francés original.

—Pregunta si comemos en el tren.

—No, no; a las siete es muy temprano. Además, llegaremos a Madrid antes de las nueve y media y podemos cenar en el mismo Palace—respondió Ana María.

Y tornó a la lectura.

Eran cerca de las cinco de la tarde, y habían dejado a las cuatro y minutos la vetusta ciudad castellana. Tres días permaneciera en ella Ana María, los suficientes para ponerse de acuerdo con la tía Asunción acerca del viaje de Rosa. Se discutieron varios pormenores. Rosa, por delicadeza, no quería aceptar en modo alguno las diez mil pesetas que Federico Martín Alcázar le había enviado por medio de Ana María desde el Perú para que atendiera con ellos al matrimonio por poder y a los gastos de viaje.

—Si es tu novio, y va a ser tu marido—insistía Ana—. ¿A qué vienen esos escrúpulos?

—Es que él me las manda para que yo me case aquí por poder, y como yo no me caso y he de viajar soltera, novia—argumentaba Rosa—, no sé, me da escrúpulo, no me parece natural.

Doña Asunción se limitaba a llorar ante la perspectiva de separarse de su hija, y no emitía opinión alguna.

Ana, más decidida y resuelta, hizo un cable a Federico, y a las veinticuatro horas llegó la contestación urgente, que a la letra decía:

"Te considero mi mujer. Ven. Nos casaremos aquí. Será una gran fiesta. Besos.—*Federico.*"

Sólo entonces opinó, sin dejar de llorar, la atribulada doña Asunción:

—Es tu gusto y tu porvenir, y yo no puedo oponerme.

El hermano de Rosa, consultado también por telégrafo, respondió a su vez, dando su asentimiento y anunciando que iría antes de una semana a recoger a su madre para llevársela al Peñón de la Gomera.

Ana opinó que debían irse a Madrid inmediatamente y pasar allí una decena de días para que Rosa se equipara de lo más necesario.

En aquel coche-salón del rápido de Irún, que, por los grandes butacones de *reps* azul y las escupideras de metal, se le antojaba a

Rosa el gabinete de un dentista de lujo, la novia viajera recordaba, aún aturdida por la emoción, las dolorosas incidencias de la despedida. Al andén sólo había bajado un grupo de amigas picadas de envidia y de curiosidad. Doña Asunción habíase quedado en casa: no tenía valor para mirar con sus ojos —fueron sus palabras—el tren que se llevaba, acaso para siempre, a la única hija de sus entrañas.

—La vida es así—había dicho Ana María—. Abandonarás padre y madre, ha ordenado Dios.

Doña Asunción se ajetreaba llorando en la preparación del equipaje de su hija, y le metió en el baúl, cuidadosamente envueltos en toallas afelpadas, la virgen de talla y el crucifijo de marfil.

—Te han acompañado toda tu vida de soltera—le dijo—; que te acompañen también ahora de casada.

Ya en el momento de tomar el coche, Paca le trajo media docena de manzanas y una sarta de chorizos, que guardó precipitadamente en la maleta de mano.

—Como éstas no las encontrará ni en Madrid ni en las Américas.

De ella, de la fiel Paca fué el último beso familiar. Se lo había dado ya en la puerta, ayudándola a subir al coche.

—Que no nos olvide, señorita; que sea feliz y no nos olvide—le dijo mientras un sollozo le partía la voz y dos lágrimas repentinas ponían una inusitada nota expresiva de emoción y de pena en su rostro rugoso, moreno e imperturbable, de vieja campesina castellana.

—No nos olvide, no nos olvide y sea feliz —y el eco de la voz doliente siguió aún breves instantes el rodar del coche que se alejaba.

—¿Feliz?... Acaso. ¿Por qué no había de serlo, si Federico era bueno y ella le quería de sano amor? Olvidar... Eso, seguramente, no; olvidar a los suyos, jamás; antes bien sabría insistir cerca de Federico para que se llevaran a su madre a vivir con ellos.

Tales eran los pensamientos de Rosa cuando entró en el vagón, que sólo ocupaban tres viajeros: dos señoras ancianas, de riguroso luto, que iban silenciosas y tristes como quien

marcha a cumplir una dolorosa misión, y un caballero gordo, rubicundo y fuerte, que, repantigado en un rincón del coche, frente a Rosa, y envuelto en un verdadero hacinamiento de periódicos, libros, guías y revistas, empezó a mirarla con torpe y lasciva insistencia. Rosa, para huír a las miradas del impertinente, volvió hacia la ventanilla el butacón y se puso a mirar el campo con sus negros y lindos ojos enrojecidos por el llanto.

—¿No te divierte el paisaje?—preguntó, por decirle algo a Ana María, advirtiendo que ella sacaba un libro del cabás.

—No. Conozco ya el camino. ¡Figúrate! Además, leyendo pasa el tiempo más pronto en los viajes. Ya te acostumbrarás—le contestó su prima.

Como en unos versos de Antonio Machado, que Rosa había oído leer en su ciudad natal, en una fiesta del Ateneo, miraba por la ventanilla

«pasar la devanadera
del campo de primavera.»

El traqueteo del coche traíale a la memoria, no muy segura, con palabras parecidas, el

ritmo de los versos que tanta impresión le causaran aquella tarde en el Ateneo, al escucharlos al lado de Federico:

«Por los campos castellanos corre el tren,
se agita, humea
con su caudal de vagones;
ajetrea
maletas y corazones.»

.....

La paz del paisaje, que huía al veloz paso del tren, iba poco a poco endulzando la pena de Rosa. De trecho en trecho el verdor de los campos ofrecía a sus ojos el aterciopelado reposo de su visión, interrumpiendo con una nota de color el polvo amarillo de los caminos, la tierra bermeja herida por el arado y la tierra de jardín obscurecida por el abono. Eran campos de trigo o de avena, herrenales y grandes lienzos de mielga, toda una sinfonía de verdes de varios tonos, desde el claro y joven de las praderas, hasta el gris de las encinas polvorientas y el obscuro y compacto de los montes con sus bosques de pinos. Después..., otra vez grandes lienzos de tierra árida, el pardo sayal franciscano de los campos de Castilla; un pastor obscuro y

terroso, como tallado en madera, guiando al aprisco su rebaño de borregos, cuyo vellón se irisaba bajo el sol; después, los prados otra vez, con sus bueyes pensativos y quietos; en alguna hondonada, en algún repliegue del valle, algún caserío blanco como un bando de palomas dormidas en la verdura, y allá lejos, de cuando en cuando, entre la vaga ondulación violeta de las montañas y sobre el fondo añil del cielo, algún viejo castillo a medio derruír que erguía aún una torre fiera y unos muros almenados. La tarde iba cayendo lentamente, y el tren parecía marchar hacia la cárdena sombra del crepúsculo, y un tramonto sentimental, hecho de añoranzas y de nostalgias, inundaba también de sombras la conciencia de Rosa, que experimentaba una extraña sensación de arrancamiento, como si se hubiera enrarecido de pronto su atmósfera vital. En una estación del camino vendían agua unas mujeres, y Rosa quiso beber.

—¡No, por Dios!—exclamó Ana María—. ¡Qué vas a beber ese agua! Es una inmundicia, y en esos vasos, que han tocado quién sabe cuántas bocas.

Y rápidamente oprimió el timbre y sacó de su neceser de viajera precavida y experta un frasquito de coñac y dos cajitas de aluminio, que, al estirar sus círculos concéntricos, se



convirtieron en dos vasos como por arte de magia. El camarero del coche-comedor, obediente a una orden, acudió por segunda vez, trayendo una botella de agua de Borines, y Ana María, mezclado el coñac y el agua mineral, bebió e hizo beber a su prima.

Rosa apuró aquello como quien se toma una medicina. Cualquier líquido era bueno para su sed; pero éste se la exacerbaba aún más. Una sensación de calor le subía por las mejillas hasta los sesos, y en las fauces ardorosas el regusto ardiente del coñac se mezclaba a un extraño y nauseabundo sabor a carbonilla y a polvo, que daba a su boca una desasosegada impresión de aridez. Ahora, poco a poco, a la tristeza vaga de alejarse se iba uniendo la ansiedad de llegar. La pena traducíase en inquietud y curiosidad en el ánimo de aquella virgen provinciana que jamás había dejado, ni aun para ir a la Corte, la amarillez un poco aldeana de su vetusta ciudad. Rosa no conocía las grandes ciudades, no conocía el mar, no conocía la vida... e iba hacia la vida y el mar. Una infinita languidez se apoderaba de sus miembros, las ideas íbanse tornando en su mente cada vez más imprecisas y confusas, y mecida por el traqueteo del tren, acabó por quedarse dormida al tiempo que fuera, sobre los campos obscuros, en el cielo que huía, las primeras estrellas se asomaban curiosas a la noche.

Rosa tuvo un sueño extraño. Vió en él el

mar, tal como lo había visto en los cuadros, como una sólida masa azul, sin ondas y sin vaivenes, como metida en un estanque monumental que tenía de tierra las cuatro paredes. Al través del agua quieta veían sus ojos agitarse mil pececillos de colores, como los que viera en una redoma en el jardín de su casa. Y arribaba de pronto a tierras de América, una América fantástica, toda alfombrada de exóticas flores multicolores, sobre las cuales se erguía un cocotero colosal cargado de fruta. Apenas puso la planta en la tierra, el mayor de los cocos que pendían del árbol, grande como una cúpula de iglesia, cayó a tierra y se abrió en mil pedazos; de la pulpa del fruto, blanca hasta dar en azul, surgió de pronto, como por arte de encantamiento, la persona de Federico Martín Alcázar, que no era persona, sino mono, un horrible mono con uniforme de teniente, al cual se unieron millares de otros monos desnudos, que salían de entre las flores, de entre el césped, de entre los frutos, y se colgaron todos del rabo en las ramas del cocotero, gritando: "¡Viva la República!", para unirse después en un coro ensordecedor, cuya música era la misma

de un danzón tropical que allá en la vieja ciudad castellana habían machacado muchas veces en la glorieta del paseo los trombones, los clarinetes y las cornetas de la banda militar. Los monos cantaban enloquecidos aquel himno extraño, con una letra absurda, que empezaba: "Ay, sandunga, sandunga,—sandunga no seas así!—Tomemos la vida a chunga—aquí y en el Potosí", y se perdió después en mil atrocidades contra la madre España. Luego, los monos, al reparar en la recién llegada, rompieron en estentóreos vivas a la patrona, que así llamaban a la novia del teniente, y abandonando las ramas del cocotero se tiraron al mar y empezaron a hacer maromas sobre una larguísima cuerda de plata, que, según opinión unánime de los simios, era la línea ecuatorial. El mono que era el teniente se alargó, se alargó desmesuradamente, hasta llegar al cielo, y arrancando el anillo de Saturno se lo puso como corona a su novia. El tren dió una sacudida intensa, que recorrió todas sus vértebras de hierro; lanzó la máquina un resoplido largo como el jadeo de una bestia cansada, y Rosa despertó de pronto bañada en copioso sudor, mien-

tras fuera voceaba una voz estrídula y metálica:

—¡Villalba, dos minutos!

Paseó en derredor la mirada somnolienta, y advirtió que su prima había dejado de leer y charlaba animadamente con el gordo y rubicundo caballero de los periódicos.

Ana María reparó en ella a su vez, y exclamó sonriente:

—¡Buena siesta hemos echado, primita!

Luego, como la cosa más natural, se la presentó al viajero, que dijo llamarse Emerenciano Fraga y Ahumada y ser propietario de unos grandes almacenes en Buenos Aires.

Rosa les contó su sueño, que Ana María acogió con grandes carcajadas, mientras don Emerenciano protestaba indignado contra semejante visión de pesadilla, que ridiculizaba a la gran nasión americana. Así había dicho don Emerenciano: la gran nasión americana.

—América no es así, m'hijita. Es una tierra macanuda no más; ¡así!

Y uniendo la acción a la palabra, hizo un movimiento giratorio con el puño cerrado,

como el motorista que echa el freno a un tranvía. Luego siguió contando las excelencias de Buenos Aires, mientras agitaba en el aire con animados ademanes las diez rojas morcillas de sus dedos, en los que brillaba una verdadera constelación de piedras preciosas.

—Yo no conozco Lima, donde me disen que va usted no más; pero me figuro que debe de ser muy bonito; ¿cómo no? ¡Pero Buenos Aires!...

La *y* griega, cada vez que el voluminoso y ordinarísimo don Emerenciano se aludía en el pronombre personal, tenía un sonido áspero y fuerte, producido juntando la lengua con el paladar, como el de la *ch* francesa, lleno de una insoportable petulancia; las *eses* silbaban como serpientes, y en *ese* se convertía siempre la *ce* delante de *e i;* y en cuanto al acento prosódico, era para don Emerenciano de una libérrima rebeldía, algo que se fundaba en una absoluta opinión personal. Después de hablar de sus tiendas, ¿no?, de las grandes avenidas, ¿no?, de la urbe gigantesca y cosmopolita, ¿no?, y hasta de los *water-clossets* de Buenos Aires, sal-

picándolo todo de americanísimos ¡macanudo, ché!, que acompañaba siempre con el gentil y airoso ademán de motorista, puso en la frase final, en una autobiográfica y honrosa confesión, la cifra, el compendio y la suma de su personalidad y el más digno remate a su discurso:

—Yo he nasido en La Coruña, ¿no?; pero soy argentino de corasón.

A Rosa, en su inocencia, se le antojaba que aquel hombre no tenía corazón para nada, puesto que había perdido su corazón y hasta su acento de español y no tenía más patria que la de su dinero.

—Bueno, chiquilla—exclamó de pronto Ana María—; hay que arreglarse, que ya vamos a llegar.

Una tras otra fueron al lavabo del coche a sustituir el polvo del viaje con los polvos de arroz; y en el instante en que salía Rosa, que fué la última en componerse, el tren entró alegre y ruidoso bajo la gran bóveda de hierro y cristales de la estación del Norte, de Madrid.

Don Emerenciano, solícito, requirió de Ana María el talón del equipaje, se lo entre-

gó a un mozo, y diciendo "Yo también voy al Palace", las invitó a subir en un taxímetro.

Era una espléndida y perfumada noche de mayo. El *auto* corrió bajo los árboles de la Cuesta de San Vicente, desembocó en la plaza de España, torció por la derecha hacia la plaza de Oriente, donde Ana María indicó a Rosa el Palacio y el teatro Real; torció a la izquierda otra vez, para tomar la calle de Arrieta, en la cual hubo Ana María de indicar a su prima la casa en que había vivido el gran torero Joselito; cruzó la plaza de Isabel II, siguió por Arenal hasta la Puerta del Sol, que a Rosa se le antojó una plaza en día de feria, y tomó al fin la Carrera de San Jerónimo hasta el Palace Hotel. Rosa iba como inconsciente, deslumbrada y ensordecida por la luz y por el clamor de la ciudad, nueva para ella, sin más sensación real que la sensación de molestia que le daban las rodillas de don Emerenciano al tropezar con las suyas sin querer. Al bajar al hotel, le pareció a Rosa que entraba en un verdadero palacio. Por un instante temió que iba a resbalar, que iba a caer al pisar aquellas alfom-

bras espesas y mullidas. Lo miraba todo con los ojos espantados, sin hablar; miraba las columnas grandiosas, las molduras doradas, los mármoles y toda aquella deslumbrante profusión de luces, y se dejó llevar como inerte en el ascensor, que la subió al tercer piso.

Ana María escogió dos habitaciones que comunicaban entre sí.

—¿Ustedes no bajan a cenar?—preguntó don Emerenciano.

Ana María iba a responder, cuando Rosa se le adelantó, pretextando estar cansada del viaje:

—¿No nos pueden subir algo aquí? Un poco de caldo, unos huevos... ¡Estoy tan cansada! Como no tengo costumbre de viajar...

—Bueno; hasta mañana entonces, ¿no?

Don Emerenciano se despedía ceremoniosamente.

Mientras comían, en la habitación de Ana María, lo que habían pedido, más un trozo de *roastbeef* y alguna fruta que espontáneamente trajo la camarera, Ana hubo de insistir:

—Es temprano. Si quieres, nos vestimos en un periquete, y todavía podemos ir a algún teatro.

Pero Rosa volvió a protestar de su cansancio, y se retiró a dormir.

—Mañana lo veremos todo poco a poco —había dicho, con un aire a la vez tan suplicante y tan firme, que Ana María no se atrevió a contrariarla.

A Rosa la pareció agradable y cómoda su habitación, blanca y muy alumbrada, con un gran armario de luna, dos butacones amplios y profundos, una mesa de escritorio, dos mesas de noche y una preciosa cama inglesa de caoba con incrustaciones de bronce. A la cabecera del lecho pendía la comodidad de un teléfono y había también un vasto cuarto ropero y un buen gabinete de *toilette,* con sus relucientes grifos de agua caliente y fría y su nítida bañera de loza.

Abrió la ventana, que daba a una plaza con una fuente y una estatua de Neptuno en medio, y estúvose asomada un buen rato, dejándose acariciar por el frescor de la noche y los misteriosos y lejanos clamores de la ciudad. Luego cerró la ventana y puso en or-

den sobre la mesa los utensilios de tocador. Peinóse dos trenzas, como solía hacer en su casa; sacó el retrato de Federico, el crucifijo de marfil y la virgen de talla; rezó devotamente, con más extensión que nunca, por su madre, por su novio y por su propio porvenir, y se acostó a buscar reposo por primera vez en un lecho que no era su cama de soltera.

Estaba tan cansada, que se durmió casi inmediatamente, y volvió a soñar; pero ahora soñaba en su casa; soñaba que se hallaba en ella, soñaba que recordaba haber soñado que había hecho un viaje a Madrid acompañando a su prima, y a la vez, por un extraño fenómeno, soñaba que soñaba y tenía la seguridad de estar soñando. Hacia media noche le pareció oír en la habitación contigua la voz de don Emerenciano, y creyó distinguir muy claro y muy preciso el silbar de sus *eses,* su extraño y caprichoso acento y la petulancia de sus *yos* y de sus macanudos, y hasta llegó a sus oídos alguna exclamación y algún suspiro entrecortado que se le antojaron de Ana María; hubo un instante en que quiso levantarse e inquirir si aquello era



verdad; pero el cuerpo no quiso obedecerla, y la mente desechó en seguida la idea: era absurdo, completamente absurdo; y además, Rosa tenía la seguridad de que estaba soñando.

III

Rosa estaba contenta y se dejaba poco a poco vencer por el aire mundano, despreocupado y alegre de su prima. Una semana de vida madrileña en el Palace, y el ejemplo de Ana María y de tantas mujeres provocativas y elegantes como deambulaban y danzaban por el *hall* y por el *grill,* influyeron, si no en su moralidad y en su castidad, todavía invencibles e incólumes hasta en el pensamiento, en sus sencillas costumbres provincianas, que iban lentamente transformándose y enriqueciéndose con hábitos galantes. Para ella, que nunca había salido de su castellana ciudad, rancia, castiza y devota, aquel enorme hotel, *que lo tenía todo:* correo, telégrafo, teléfono, peluquería, librería, biblioteca, escritorio, tiendas de sombreros, tiendas de se-

das, de encajes y de brocados, salón de baile, comedor de lujo, *restaurant* alegre y más alegre *music-hall,* era como todo el resumen de la Europa deslumbrante, civilizada y moderna que había leído en los libros, y se le antojaba que el *gran mundo,* la Vida, así, con mayúscula, de que tantas veces oyera hablar en su amarilla y polvorienta ciudad natal, hallábase compendiada y resumida en ese muestrario de todas las bellezas, sobre esos mármoles brillantes, sobre esas alfombras mullidas que atenuaban el ruido de los pasos, entre esos bosques simétricos de columnas rosadas, entre esas paredes blancas, donde brillaban los artesonados de oro en que ataban su antigua gracia majestuosa los lazos y las coronas del estilo Imperio.

Todas las tardes, a la hora del te, iba con Ana María a matar un par de horas en la *rotonda,* bajo la gran cúpula de cristales flo-reados. Era aquello como un templete griego profanado por un decorador moderno, más atento a la frivolidad alegre y a la comodidad sensual, que a la divina serenidad de la belleza; faltaban frisos y estatuas, que ya Praxíteles y Scopas no son para estos



tiempos; pero había palmeras enanas, mesitas de mimbre, sillones de bejuco, y, adosados a la pared, unos divanes, de amplio asiento y altísimo respaldo, propicios a la pecaminosa y lánguida complicación de los *flirts.* Un gran gentío acudía a los *tes-dansants* de las tardes primaverales. Muchos señoritos atletas, prisioneros en el indumento modernísimo de los sastres de Londres, bombeado el busto estatuario y viril sobre la cimbreante cintura femenina, enjutas las caderas bailarinas, y ágiles y nerviosas las piernas de

jugadores de *foot-ball,* y, como remate, una testa pequeña, recién salida de la peluquería, alisada, repeinada, repulida, toda olorosa de lociones caras y toda untuosa de cosméticos; hombres del norte de Europa, gigantescos y coloradotes, con sus zapatones de siete suelas y sus malolientes pipas de tabaco meloso y dulzón; tal cual señor de edad provecta, que disimulaba los años con lo acicalado del traje y miraba bailar a las mujeres con turbios ojos lascivos; y mujeres, muchas mujeres, de la más varia condición social y de todas las razas, desde la vieja señora española, viuda de un coronel, que iba a caza de novios para sus cuatro hijas, vestidas iguales, como los pares de banderillas, hasta la cocota francesa con oro de oxígeno en la cabellera y azul de Dorin en las ojeras, de las que fuman tabaco rubio y tienen cifrada en las lanas de un perrito grifón la gloria de su existencia; desde la rumbista negra, flor de ébano de Cuba, como una mancha de tinta entre la profusión de luz y de colores claros, hasta la bailarina rusa que, sentada en el punto más visible de la rotonda, sorbía un coctel con sus labios de bermellón y cabalga-

ba exageradamente una pierna sobre otra, para lucir el milagro estatuario y carnal de sus pantorrillas. Multiplicábanse bajo la bóveda acústica los sones de la orquesta del *jazz,* y la música negra venía, como una burla, a regalar a Europa la gracia del ritmo, que habían olvidado los científicos buscadores de acordes, armonías y disonancias, horros de sencillez melódica, de movimiento y de compás. Aquella seudomúsica tan mala era, sin embargo, lo que más se parecía a la verdadera música, y al son canalla danzaban las parejas, deteniéndose para repiquetear con los pies en un palmo de terreno, mientras los cuerpos, muy juntos, se balanceaban cadenciosos y voluptuosos, imitando por breves instantes, a compás, los ridículos movimientos de que la Humanidad se sirve, desde Adán, para la sagrada perpetuación de la especie. El tango, el *fox-trot,* el champaña y el *whisky* se enseñoreaban del ambiente, y el buen *esprit,* burbujeante y alegre, venía por un momento a salvar a los bailarines de la funesta manía de pensar.

Rosa miraba tan sólo a los danzantes y a Ana María, que alejábase con el bailarín pro-



fesional, un mozo que tenía una corrección de lacayo y una palidez de morfinómano; pero a los tres días ya fué el hombre pálido a sus habitaciones, para enseñarla a bailar; y desde el cuarto día llegaba todas las tardes la manicura, para abrillantarle las uñas; y una noche ya no se hizo sus dos trenzas habituales, sino que se tocó con un gorrito de lazos y encajes igual al que usaba Ana María; y otra noche, por fin... ¡se olvidó de rezar!

Al atardecer de un sábado, después de haber aburrido unos miles de pesetas comprando chucherías caras en las más lujosas tiendas de Madrid, al entrar por las puertas del hotel, Rosa quedóse perpleja viendo cómo su prima saludaba con grandes aspavientos a un caballero muy bien portado, que cambiaba libras esterlinas por pesetas españolas en el *bureau*.

—¡Mario! Pero ¿es posible? ¡Mario! ¿Usted por aquí?

El caballero hubo de contestarle con la misma alborozada sorpresa:

—¡Señora!... ¡Qué feliz encuentro!

Y le besó las dos manos, con una actitud

galante y dieciochesca de bailarín y de abate.

Ana María le presentó a su prima:

—Ven, Rosa, ven; te presentaré a un gran amigo mío: el señor Mario Volta Guillén, ministro de Relaciones Exteriores del Perú...

Era un hombre alto, esbelto y robusto, de hasta cuarenta años, irreprochablemente vestido de smoking. De raza mezclada (bien lo decían sus dos apellidos), hijo de italiano y de peruana, unía en su aspecto los atributos de sus dos orígenes, y así tenía en la actitud y en el ademán aquella gracia musical y armoniosa de los hijos del milagro Partenopeo, y en la color bronceada el tono caliente de los antiguos hijos del Sol. Sobre el rostro moreno, cuya impasibilidad apenas turbaba el relámpago galante de la sonrisa mundana y comprensiva, contrastando con el aire indio de los pómulos salientes y de los finos labios astutos, el cabello ondeado y canoso era como un contrasentido europeo, civilizado y decadente; y el perfil aquilino, con su noble nariz ligeramente curva, entre borbónica y dantesca, lo mismo hacía pensar en el altorrelieve de una medalla siracusana que en la hermosa testa del Inca Atahualpa, grabada

por el prodigio de un artista modesto en el áureo disco de la libra peruana. Juntábase en él el atractivo sugeridor e irresistible de su misteriosa raza vieja, aquella de quien dice Antonio Machado que tiene corta la palabra y honda la sentencia, con el saber complicado y pecaminoso de las civilizaciones occidentales; y era así muy antiguo y muy moderno, y podía también, como el otro poeta de maravilla que renovó el idioma y el numen de sus abuelos, exclamar, lo mismo ante el mar de Jasón que ante el Océano de Núñez de Balboa, como en un recuerdo de navegante conocedor del trirreme y de la piragua:

> Aquí, junto al mar latino,
> digo la verdad.
> Siento en sal, aceite y vino
> yo mi antigüedad.

—Pero ¿cuándo ha venido usted?—preguntábale Rosa.

Mario respondió, con su voz aterciopelada y clara, de tenor italiano, y su acento dulzón de limeño:

—Vine de Londres por unos días, usando del permiso que me concede el Gobierno pa-

ra una misión especial, y me he quedado tres meses en este Madrid encantador. Pero ya acaban las vacaciones; dentro de cuatro días embarco en Santander.

—Nosotras también—exclamó Ana María.

Una pausa, plena de alegre esperanza, vino a interrumpir aquel diálogo. Callaban los tres por diverso motivo: Rosa, por cortedad ante el desconocido; Ana María, por la sorpresa de volver a ver a quien le recordaba muchas horas felices de la hospitalaria y amable ciudad peruana, y Mario, soñando en la perspectiva de treinta días de viaje con el regalo constante de unas compañeras tan bonitas.

—¿Vive usted en el hotel?—dijo al fin Rosa, rompiendo el breve silencio.

—Sí; y espero que me harán ustedes el honor de comer conmigo en el *grill;* seré vuestro anfitrión, y vuestro cocinero, y vuestro *barman* ahora, porque nos tomaremoos un coctel.

Y fuéronse los tres al *bar,* que estaba lleno de gomosos sin carácter y de mujeres va-

porosas y estilizadas, de Paquin, de Callot, de Sargent y de Penagos.

Mientras ingerían el complicado aperitivo que, a base de champaña, había preparado con sus propias manos el ministro en vacaciones, Ana María tejió el elogio de su prima y explicó a Mario cómo se la llevaba a Lima en calidad de novia para que perdiera en la Ciudad de los Reyes el tesoro de su soltería; y luego, tras haber pedido permiso para ir a cambiar sus trajes de tarde por el tocado de *soirée,* ya en sus habitaciones, tejió otra vez Ana María para Rosa el más exagerado panegírico de Mario Volta Guillén.

—Es casado, ¿sabes?—le había dicho—; casado y con hijos. Pero por su cargo, ministro de Relaciones Exteriores, que equivale a ministro de Estado, hace vida de sociedad y rivaliza con los solteros. Es el hombre de confianza del Presidente de la República; muy inteligente, muy decidido, muy amable; es un gran bailarín y un hombre encantador. Verás qué viaje delicioso; es un compañero que nos ha caído del cielo.

Cuando bajaron para ir al *grill,* Mario les



preguntó si pensaban asistir a la corrida de toros del día siguiente, que era la corrida goyesca, para arbitrar fondos con que conservar y restaurar en San Antonio de la Florida los frescos del pintor brujo; y como ellas pretextaran no haberse provisto de localidades, Mario, solícito y amable, envió un *botones* a que buscara, a cualquier precio, tres barreras.

Aquella misma noche Rosa, por primera vez, bailó en público su primer tango llevada como en volandas entre los brazos robustos de Mario Volta.

El día siguiente fué para Rosa una borrachera de luz, de color y de sensaciones extraordinarias. Primero, en la calle de Alcalá, en el pintoresco desfile de gente que iba a la corrida; después, al llegar a la Plaza, cuando fué saludada con una lluvia de requiebros y de chicoleos la aparición de las dos mujeres ataviadas con la clásica mantilla; más tarde, durante las peripecias de la lidia, que adquiría ante sus ojos una bárbara grandiosidad salvaje, nunca vista antes, y ante la cual se empequeñecía y se borraba el recuerdo de las fáciles heroicidades del novio vestido sin

oros y lidiando a un toro sin fiereza en la provinciana plaza de su ciudad natal.

Mario, con su *chaquet* gris de las carreras y sus prismáticos, era como un contrasentido, como un anacronismo entre el milagro antiguo y majo de las dos mujeres enmantilladas y floridas. Protestaba de vez en cuando, discutiendo con un espectador, contra la ferocidad de aquella fiesta repugnante, con sus caballos destripados.

—Convendrá usted, amigo, en que es mucho más inmoral el boxeo—argüía el interlocutor desconocido.

Y rebatíale Mario:

—No, no; si hablamos de color, de alegría, de luz, estoy por la fiesta española; pero no toquemos la cuestión moral. En buena ética, la inmoralidad es toda de las corridas de toros, porque el caballo y el toro no vienen por su voluntad. Este abuso de la fuerza y del poder del hombre es lo que constituye una verdadera inmoralidad ante la moral de todos los tiempos y de todas las razas; y luego, el valor personal, esa virtud de la raza; el valor personal, que sólo puede fundarse en un sentimiento de piedad o en un

sentimiento de justicia, convertido en *modus vivendi*. La virtud usada como espectáculo. ¿Quiere usted nada más monstruoso ni más triste?

Ana María, atenta a los incidentes de la brega, subrayaba con gritos agudos los momentos de peligro, y pellizcaba nerviosa los brazos y los muslos de su vecino, mientras Rosa no miraba, y escuchaba sin comprender; pero se bebía en el aire las palabras del peruano.

Durante los cuatro días que permanecieron en Madrid, Ana María, Rosa y Mario sólo se separaban para irse a dormir, y eso muy tarde.

En más de una ocasión cenaron en las habitaciones de Mario, que eran dos: saloncito y alcoba, y que él, al decidirse a una permanencia de tres meses, había arreglado ya con su elegante coquetería habitual, dándoles una fisonomía y un espíritu. Una *chaisse-longue* con pieles de llama y de huanaco; unas repisas llenas de huacos peruanos de la civilización nazca y de la chimú, que conservaban milagrosamente la policromía de sus figuras en el barro cocido; la piel de un puma, el

león peruano; pañoletas y telas del coloniaje, que sustentaban entre sus pliegues retratos de actrices y de bailarinas con expresivas dedicatorias; una colección de pipas en una baja mesita árabe; estribos de plata del Perú, de la época colonial; idolillos incaicos; el minúsculo carnero peruano trabajado en filigrana de plata; libros y revistas de todas partes del mundo; un piano, un fonógrafo y varios búcaros, siempre repletos de rosas frescas. Allí mismo, Mario Volta, fiel a sus aficiones de *gourmet* y de *gourmand,* preparaba la comida en cocinillas portátiles, como hacía el *maître* en el *grill.* Y eran los *spaghetti* con tomate a la napolitana, y los *risottos* olorosos de azafrán y ornados con trufas blancas, al modo milanés; y eran las cintas de las *tagliatelle* a la boloñesa, con su carne picada, su clavo de olor y sus piñones; y eran los huevos en *cocotte* a la francesa, *pochés* en sus cacerolitas especiales, nadando en un jugo de carne que habían perfumado las trufas negras, o simplemente fritos, sin dorarse la clara, tendidos sobre una montaña de arroz blanco a la peruana, embadurnado con fresca mantequilla; y era el solo-

millo a la Bismarck, picado crudo con cebolla y ajos muy menudos, cocido tan sólo inmediatamente bajo el jugo de limón, la yema batida y la mostaza inglesa; y era el pavo asado abajo por orden expresa, relleno de sorpresas, que tenía en el buche, vaciado de antemano, entre una masa de *foie-gras,* un pollo, y en el buche del pollo un minúsculo pajarillo frito, que era la quintaesencia del aroma; y eran las carnes de mandarina heladas, y los fresones con crema, y las fresas pequeñas, prietas y negras, aromadas con jugo de naranja y con gotas de éter; y todo lo rociaban los espesos *barberas,* los fuertes *chiantis,* los claros *barolos,* los picantes *gatinaras,* cuando no un vinillo de *Capri* color de miel, un dorado *rhin,* el topacio de un *sauterne* o la sangre del *borgoña,* un *chateaubriand,* cuya botella había sido previamente calentada por una servilleta empapada en agua hirviendo; y para remate, después del café especial, un café turco que teñía las tazas minúsculas e impregnaba de aroma la estancia, los *pousse,* cafés distintos; la esmeralda del *pipermint,* el ámbar o el glauco del *charteusse,* la caoba del *cacao* o el inco-

loro *kumel* con hielo granizado, que fingía un invierno ruso prisionero en una microscópica cárcel de *bacarat*.

El fonógrafo empezaba a graznar los *fox-trots* de Yanquilandia, los tangos de Buenos Aires y los danzones de Cuba, y Mario bailaba allí, en su habitación, con las dos mujeres; Ana María, alegre, habituada al mundanismo, y Rosa, arreboladas las mejillas, sudorosas las manos, secas las fauces, presa de un delicioso malestar, pensando que aquello era la Vida, la Vida, así, con mayúscula, de que había oído hablar tantas veces en el retiro ignorado, polvoriento y místico de su vieja ciudad provinciana.

Y Federico, ¿quién se acordaba de él? El retrato había vuelto a la maleta, porque Ana María le aconsejara que era de mal gusto, que era cursi la exhibición.

Con Mario, a la par *cicerone* y *chevallier servant,* recorrieron durante cuatro días todo Madrid, ese Madrid, según opinión de Volta, pintoresco y majo, antiguo y moderno, ataviado y harapiento, mezcla de gran ciudad y de aldea, con su españolismo amplio y luminoso de la incomparable calle de

Alcalá, el cosmopolitismo de su Gran Vía y la gris hostilidad de sus callejas pinas y sinuosas, y lo recorrían de la mañana a la noche, muchas veces sin haberse acostado, oyendo por aquellas calles la música de un desarrapado trovador matinal que tocaba *fox-trots* de extranjis en un cornetín de llaves, y por las tardes, todas las guitarras flamencas y zarzueleras, todas esas orquestas peripatéticas que llevaban de acá para allá, como un cadáver, el pesado armatoste del violón, y a la noche oían silbar bajo las frondas, como un ruiseñor músico, el lacrimoso desafinar de una ocarina, que, besada por los labios de un mendigo barbado y viejo, salmodiaba alboradas gallegas. Y así, recorriendo Madrid desde la poética antigüedad de sus palacios y el acaramelado modernismo del Fénix y del Casino, hasta la alegría galante de Recoletos y la Castellana y el abigarramiento veraniego y municipal de los jardines del Retiro; desde la melancolía de su Moncloa y la severidad de las puertas del Rey Carlos III, hasta su Rastro mercader y barroco y su Bombilla dominguera y danzarina, oyendo la música reposada y fresca,

sin ritmo y sin edad, de sus fuentes monumentales y el salmodiar lastimero de sus mendigos filarmónicos, y el chascar de sus trallas, y el tintinear de colleras de las diligencias, y el jadeo mecánico de los automóviles, y el piafar de los *troncos* elegantes; admirando sus grandes damas, prisionero el garbo en las sedas de Paquin y apagado el aroma de la carne por los perfumes de Coty, y sus gitanas trágicas y morenas, vendedoras de nardos y de amor, fueron bebiéndose los encantos de la ciudad, que no era chata y nivelada, sino llena de hondonadas, recovecos, chaflanes inesperados y absurdos, y graciosas multiplicaciones de esquinas, donde los ecos jugaban subiendo y bajando para perseguirse, buscarse y juntarse como los rayos de la luz, una luz fina que cegaba desde el blancor de una pared, y reía sobre unas tejas rojizas, y listaba las aceras de sombra y claridad a fajas, como el cuartel de un escudo nobiliario, y se dormía por fin cerniéndose sobre la dulce profundidad de una calleja sin sol, y se llenaron de amor hacia este Madrid señorial y geórgico, majestuoso como un lienzo velazqueño y sencillo como una acuarela, y

claro y obscuro, lleno de negros y amarillos, fino y audaz de luz y sombra, como un capricho goyesco.

La postrera mañana que pasaron en él, Rosa, saliendo de su habitación, todavía en bata, sorprendió a Mario Volta, que salía a su vez del número veinticuatro, la habitación de aquella bailarina rusa que todas las tardes, chupando cocteles con una pajita, enseñaba el milagro estatuario y carnal de sus piernas en la *rotonda* del hotel. Sin saber por qué cerró inesperadamente la puerta, y sin saber por qué también, tumbada de bruces sobre su cama, lloró largo rato con un llanto de todo su cuerpo y de toda su alma.

—¿Qué tienes, chiquilla? Pero ¿qué tienes?—le preguntaba Ana María, consolándola, muy extrañada.

—No sé, no sé; nervios—respondió Rosa.

Y luego, como su prima le recordase que partían aquella tarde con Mario y que debía arreglarse, porque el tiempo era avaro, Rosa serenóse de pronto y empezó muy alegre a ponerse su vestido de viaje.

Ya en el andén de la estación, cuando iban a tomar el *expréss* de Santander, mientras

Mario encargaba a los mozos las maletas y subía al *sleeping* a disponer las camas, Ana María, viendo pensativa a su prima, exclamó:

—Alégrate, mujer: empieza el principio del fin: vas a casarte, a ser feliz.

Pero Rosa, como quien sale de un sueño penoso, cuya visión no puede ahuyentarse de la mente, rompió a llorar de nuevo, con un llanto convulso, como no había llorado al despedirse de su madre en la vieja ciudad provinciana de cuyo nombre no quería acordarse.

—Pero, muchacha, ¿qué es esto?

—¿Qué tiene usted, Rosita?—interrogó Mario, que llegaba en ese momento.

—No sé—volvió a responder Rosa—; nervios, como un presentimiento; me da pena dejar Madrid, como si no hubiera de volver a verlo más.

IV

El *Ortega,* de la *Pacific Line,* llegaba con atraso a Santander y hubo que esperarle dos

días, que Ana María y Mario emplearon en pasear y conocer la ciudad. Rosa también paseaba con ellos, pero no conocía nada; es decir, no quería conocer ya nada, no podía conocer ya nada, porque el espectáculo del mar, visto la primera vez por sus ojos de tierra adentro, habíale cautivado por entero el pensamiento, la atención y la curiosidad. Sus dos compañeros, Ana María principalmente, acosábanla a preguntas para que les narrara sus impresiones ante la primera visión del movible camino innumerable; pero Rosa no se sabía explicar. Quedóse el primer día quieta, muda, exangües los labios y desmesuradamente abiertos los ojos ante la infinita extensión de agua que jamás hubiera podido soñar. Cuando se hubo repuesto de la primera impresión de asombro, sin que el asombro pasara, exclamó dos veces:

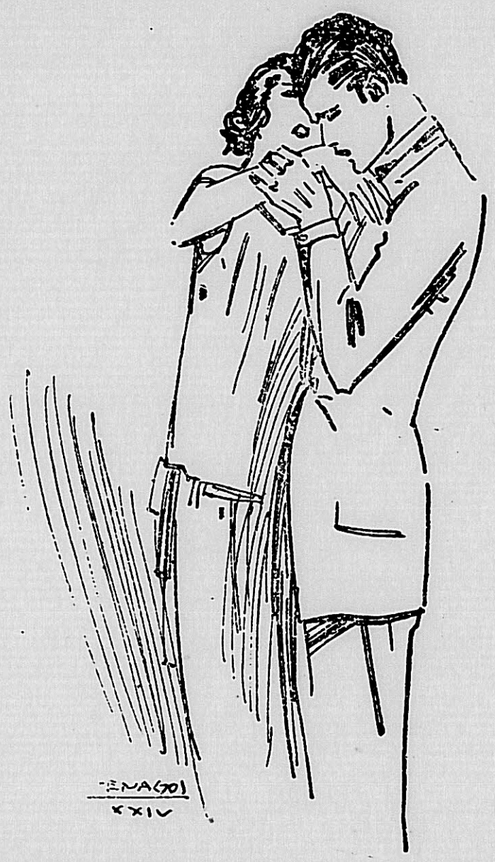
—¡El mar! ¡El mar!...

Y ante las interrogaciones de Ana María y de Mario: "¿Te gusta? ¿Qué te parece? ¿Qué sientes ante el mar?", sólo acertó a responder en un lenguaje extraño, a la vez poético, disparatado e ingenuo:

—No sé, no sé. Al pronto he sentido un

temblor inexplicable, esa misma sensación que sentí la vez primera, ¿te acuerdas?, que nos asomamos a aquella torre tan alta, allá en Tordesillas; un miedo extraño e inexplicable, un miedo a caer, a perderme, a no encontrarme más a mí misma. ¡No sé, no sé! Miro el mar y me parece que tras él se me van los ojos, y con los ojos todo mi cuerpo y toda mi persona, y que el alma se me queda un momento aquí, como enloquecida de encontrarse sin su cuerpo, y que luego se me va también a buscar el cuerpo, por ese camino tan ancho que no se le ve el fin y donde parece que no va a haber jamás un refugio. Y se me antoja también que toda yo me hago más pequeña, como si me deshiciera, como si me volviese en pedazos—y se detuvo un punto buscando la palabra—, como si me fragmentase en plumas, en hojas de rosa, en polvo de mi carne, que se fuera volando, esparcida en el aire por encima de ese camino azul.

Mientras así decía, rompió a llorar de repente, con un llanto de susto pueril, y a temblar con un temblor de poseída, y entonces Ana María echóse a reír, llamándola tonta,



y Mario, sinceramente impresionado, la apartó de la playa.

—Venga, venga usted, niña; esta sensación no puede ser buena.

Y la apartó de la playa cogiéndola de la mano dulcemente, y Rosa se abandonó en sus brazos y lloró sobre su pecho, como huyendo

asustada a la tentación atrayente y misteriosa del mar.

Durante toda la noche no pudo dormir Rosa, sintiendo en su cráneo, como en un caracol sonoro, el ruido cadencioso y terrible de las olas, y a la mañana siguiente aparecieron en el cándido lino de las almohadas unas rojas rosas de sangre. Inútil fué que al otro día la hicieran bajar a la ciudad, para recorrerla, ora en coche, cuándo en tranvía, ya en automóvil; Rosa tornaba siempre la cabecita hacia el lado del mar, y Mario, entonces, optó por dejárselo contemplar a sus anchas, para que la niña se fuera acostumbrando a él.

—Va a pasar casi un mes en el agua—opinaba—; es mejor que se acostumbre a ella, que sean amigos.

Y entonces Rosa nutrió de mar sus ojos insaciables. Con la percepción fina y pura de quien ve las cosas por primera vez—¡oh, supremo regalo de los sentidos!—, miró el agua terrosa y plomiza, como enrojecida de furia, que estrellaba sus espumas en las dársenas; de blancas melenas en el acantilado de las rocas, y miró el agua azul, azul, azul, que se aclaraba mar afuera, y la miró como un enor-

me lente dorado bajo el beso del sol a mediodía, y la miró amoratada y sangrienta bajo la herida del crepúsculo, y negra y plateada, rumorosa y centelleante, bajo el ojo sin pupila de la Luna, y le parecía siempre una y siempre distinta, innumerablemente varia en su monotonía, y al mirarla en la alta noche, desde sus ventanas del hotel del Sardinero, se olvidaba del Mundo, pensaba que iba a estar sola en el mar, y su miedo pensaba también que iba a tener la dulce seguridad de un compañero, y veía sobre el mar, como un dios del mar, como un protector, la figura fuerte y amable de Mario..., y en su tercer crepúsculo santanderino, acodada en la borda de la cubierta del *Ortega,* oprimiendo dulcemente el brazo de su compañero de viaje, dejándose arrullar por el balance, mientras la chimenea ponía un negro borrón de humo en el purísimo azul, donde fingían el adiós de unos pañuelos los bandos de gaviotas, mirando el puerto borrarse en el confín lejano, gritó a pleno pulmón: "¡Adiós, adiós, España!", mientras el coral de su boca, redonda en forma de o, se llenaba de sal y de yodo.

Aun quedó acodada largo rato hasta que se hizo de noche, y al parpadear de las primeras estrellas rompió a llorar en silencio unas lágrimas, que el aire marino secó sobre la porcelana de su tez. Mario, de repente, sin saber por qué, le besó las manos, y ella huyó, temblorosa y descompuesta, a buscar en su camarote un refugio de soledad, de silencio y de paz.

.....

Desde aquella inesperada noche en la vieja ciudad castellana, durante la cual habíale hablado Ana María a Rosa por primera vez de su matrimonio, ya nunca volvieron a dormir juntas las dos primas, ni en la misma cama ni en la misma habitación, y habíanse separado hasta en el viaje por tren y hasta ahora, a bordo del *Ortega*. No fué Rosa ciertamente quien tal determinara, que jamás habíale pasado por las mientes que en aquellos dos besos de su prima, en la noche memorable, y en aquel afán de exhibirse desnuda y de comentar la desnudez femenina comparándola con la del hombre, hubiese una intención pecaminosa o lasciva. Rosa, por el contrario, ignoraba la lascivia y tenía un pudor más

sentido que pensado, ya que el pudor es la conciencia del mal, y Rosa no concebía el mal. Fué Ana María la que lo resolvió así, pretextando comodidad para ambas, una mayor libertad para el tocado, una facilidad para abandonar o conciliar el sueño, y Rosa cedió, prontamente convencida; pero ahora, cuando sus sentidos empezaban a despertar vagamente al amor y su conciencia barruntaba el pecado, dió en atar cabos, en relacionar sucesos, en deducir consecuencias, y le asaltó muchas veces la sospecha de que su prima, adúltera ya una vez, según propia confesión, quisiera gozar de su libertad en los hoteles para entregarse al amor prohibido, a ese terrible amor prohibido, no sancionado por Dios ni por la ley. ¿Es que, por ventura, no estaba soñando aquella noche, la primera del Palace, en que le pareció oír al través de los muros la voz del comerciante, gallego argentino, que formulaba la petulancia de sus *yos* y de sus *macanudos* en la habitación de su prima? ¿Era posible?... Allí, refugiada en su camarote, en su litera estrecha y mecida como una cuna, Rosa, en verdad, pensaba en su prima tan sólo para huir a los pen-

samientos que se referían a sí misma. ¿Estaba, por ventura, enamorada, como no se había enamorado nunca, de Mario Volta Guillén? Antes, jamás había analizado su alegría al verle continuamente y pasear con él, y comer con él, y bailar con él; acaso porque, en su inocencia, fundaba esa alegría en la amabilidad exquisita y en la simpatía de Mario Volta; pero desde que le vió la última mañana de Madrid salir de las habitaciones de la bailarina rusa, y se sintió herida por un dolor nuevo e inexplicable, empezó a pensar que acaso por las noches, cuando se separaban, Mario hubiera podido ir a buscar la tertulia de Ana María en su alcoba, y lo volvió a pensar en el tren, en el pequeño recinto del coche-cama, queriendo adivinar ruidos al través de las paredes acolchadas, mientras el alinde de los celos prestábale en su imaginación un ruido de suspiros y de besos al traqueteo crujiente del convoy. Después..., después había llorado sobre el pecho de Mario aquel día, contemplando el mar, y ahora había vuelto a llorar al marcharse con él por el camino azul. Porque a ella se le antojaba que se marchaba con él, sola con él... Arre-

bujada entre las sábanas, se olía su propio cuerpo, se olía sus propias manos, impregnadas del olor de Mario, un aroma fuerte, agradable y enervante a la vez, a la loción de sus cabellos, *Mousse-Diane* de Atkinsons; a la piel de Rusia de su cartera y al buen tabaco habano de sus cigarros. Y, estremecida, se besaba a sí misma la piel de los brazos con inconsciente e inexplicable voluptuosidad.

A su vez, Mario, en todo aquel primer día de navegación, en que Rosa no había aparecido, pudo comprobar, por la inquietud de la ausencia, punta acerada que se le metió en los nervios y fué así base y sostén de su conocimiento, que se había prendado de la chica. Hombre avezado a cazar el amor al paso, en la obscuridad de los cinematógrafos, en los pasillos de los hoteles, en la cubierta de los transatlánticos y aun en la misma severidad de su despacho ministerial, cuando era bella y fácil la solicitante de algún favor gubernativo, habíase acercado a las dos mujeres en Madrid atraído por el cebo de Ana María, cuya prodigalidad amorosa sabía por fama, aunque no por experiencia; y después, inconscientemente, sin darse tiempo para em-

pezar la conquista propuesta, había caído en las redes de atracción, no pretendida por ella, de aquella chiquilla lozana e ingenua, a la que miraba con una ternura profunda y sin ardor de pecado; había caído, se había dejado caer mejor, vencido por una subconsciente afinidad electiva u obedeciendo, sin saberlo, por instinto, a la seducción que ejerce la primavera de la mujer en la última juventud de los hombres maduros que hicieron del amor el *leif motif* de su vida. Mario hubiera podido decir con el poeta, el inolvidable poeta que había hecho de la joven América española la madre nueva del nuevo idioma de Castilla:

Pero a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin:
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín.

Mario era un caballero, y podía mandarle a sus labios no hablar; pero no podía mandar a su corazón que no temblara, y temblaba, temblaba como en un inesperado y violento retorno de juventud.

La aparición de Rosa al tercer día sobre cubierta, a la hora en que los ingleses rubi-

cundos e ingenuos jugaban con sus grandes varas, sus discos de madera y sus anillas de cuerda, fué saludada con una admiración unánime y tácita, que habló sólo en el deslumbramiento, en la curiosidad y en el asombro de todas las miradas. Y era natural que así fuese: entre aquella pluralidad de viejas *ladys* y de esmirriadas *girls,* familias del britano colonizador que volvían a la América de su fortuna; entre aquellas familias burguesas, enriquecidas allende, que tornaban de haber paseado en Europa su ostentosa ridiculez de nuevos ricos; entre el par de estrellas de *variétés* que se maquillaban como máscaras, la opulencia prematuramente otoñal de Ana María y la ordinariez de unos comerciantes catalanes, la belleza imponderable, de virgen morena y sana, de Rosa, adquiría proporciones de misterio y de encanto, aumentada por el prestigio poético que le prestaban el cielo y el mar. Toda vaporosa dentro de los pliegues helénicos de su trajecito de *foulard,* que dejaba adivinar los contornos armoniosos de la forma invariable y eterna, apoyada en la borda, de espaldas al mar, recortándose en la gloria de la luz,



mientras la brisa le desrizaba levemente los negros caracoles de la cabellera, parecía Rosa el viejo milagro mitológico de una deidad marina que, para consuelo del argonauta, hubiera surgido de pronto como un regalo de la onda, madre de Venus.

El pasaje cosmopolita, la multiplicidad de los camareros, las comidas en común, aunque se verificaran en mesitas aparte, el te de la tarde y los *fox-trots* de la noche al son del fonógrafo sobre cubierta, todo el género de vida, en fin, le recordaba a Rosa el Hotel Palace; y así, se le antojaba el *Ortega,* menos lujoso y menos alegre, otro Hotel Palace flotante, y hasta dió en pensar si toda la vida, la gran vida, la vida del gran mundo, era una vida de hotel, donde todo fuese transitorio y de alquiler. Mario la había desengañado de este mal pensamiento, hablándole con un dejo de honda melancolía de la vida del hogar, de la mujer y de los hijos, a cuya monótona paz volvía a reintegrarse. Mario y Rosa, durante los primeros días, recorrieron todo el barco; él le enseñó las máquinas, la estación de radiotelegrafía, los botes de salvamento, el puente de comando, donde una

noche, por amabilidad exquisita del capitán —un lobo de mar *gentleman,* que bailaba como un abate y fumaba como un coracero—, ella vió funcionar el sextante, que, audaz, por un prodigio de óptica, arrancaba del firmamento una estrella para tirarla al horizonte. Después, ya conocido el barco y familiarizada con el mar, que dejaba de ser espectáculo para su asombro y era espacio para sus suspiros, Rosa se tendía en la silla de extensión, y Mario a su lado, y sobre el regazo de ella y sobre los muslos de él dormían, respectivamente, una vieja novela de Alarcón y una narración de los hermanos Goncourt, mientras hablaban de todo lo humano y de todo lo divino, mintiendo para ocultar el pensamiento, que, a pesar de ellos, se les asomaba a los ojos.

Entre tanto, Ana María, mañana y tarde y a prima noche, ahogaba en dinamismo su inquietud sensual, jugando a todos los deportes británicos y bailando todas las danzas de Yanquilandia, y la resucitaba después, a la alta noche, en la penumbra de la primera cubierta, tras de los botes, donde no llegaban los rayos del semáforo, repitiendo con

un oficial de la Marconi el viejo dúo de Eva y Adán, civilizado y vestido.

Había entre los viajeros uno que iba a La Habana a dar conferencias, y era en España, en la que fuera ministro varias veces, orador fácil y abundoso, indispensable en todas las fiestas de hispanoamericanismo, en todos los homenajes oficiales y en todos los banquetes a artistas y a políticos, y una noche, a propuesta de una solterona feminista y enemiga del matrimonio, hubo de ponerse sobre el tapete, en el salón de música, el tema del matrimonio, el amor y la felicidad. El buen señor, que, a pesar de sus barbas de sileno y de su sonrisa de sátiro, era de lo más católico y de lo más conservador que pudiera imaginarse, había tejido una serie interminable de lugares comunes para demostrar que el matrimonio era la suprema felicidad.

Mario, que estaba sentado en un diván, entre Rosa y Ana María, hubo de rebatir al orador:

—No estoy de acuerdo, querido señor. Si de la felicidad tenemos un concepto estable y duradero, si nos referimos, en una palabra, a la felicidad de toda la vida, el matrimonio

casi siempre no es la felicidad; mejor, casi nunca es la felicidad. Esta afirmación no necesita demostrarse.

Ana María batió palmas sin poderse contener.

—Muy bien, muy bien; el matrimonio no es la felicidad.

Y mientras Rosa, que se dió perfectamente cuenta de la indiscreción de su prima, la instaba a que se callase, Mario continuó:

—Para fundar la felicidad en el matrimonio hay que fundar el matrimonio en el amor, y entonces podríamos decir que siendo la felicidad el matrimonio de amor, el amor es la felicidad.

El orador español levantó ambos brazos con grandes muestras de regocijo y exclamó, asiendo por los cabellos la frase de su interlocutor:

—Desde luego, mi amigo, desde luego; la consecuencia no puede ser más clara, ni cabe expresarla con mayor sencillez, exenta de todo perifollo literario y de toda gala retórica. Pero estamos perfectamente de acuerdo, porque yo me refería, claro está, a los matrimonios de amor.

—¡Ah! ¡No!—exclamó, ya exaltado, Volta—. No, porque urge averiguar si el amor es la felicidad, y yo ya tengo averiguado que no.

El asombro se pintó en el rostro del conferenciante español; Rosa se puso densamente pálida, y Ana María avanzó en el diván hasta sentarse en el borde, con el busto erguido y los ojos fijos en Mario con la más ahincada atención.

Mario proseguía:

—El amor puede darnos momentos de felicidad, y estos momentos de felicidad traerán aparejados consigo, ya que la vida tiende, naturalmente, al equilibrio y a la compensación, otros momentos de desventura y de dolor. Porque el placer no existe sin el dolor, y el dolor no existe sin el placer, y ambos viven de su recíproco contraste. El amor puede dar grandes momentos de placer físico y de placer espiritual, de la felicidad más grande de la vida, porque de ella participan cuerpo y alma a la vez como un solo todo, como la luz y el color, como el calor y el movimiento; pero de esa atracción natural de dos seres, de esas afinidades electivas que eran to-

da la razón y toda la alegría de la vida, hemos hecho el dolor y la desgracia de toda la vida, así como los escritores sin cultura han hecho de la tragedia, que era una obra dionisíaca de exaltación y de triunfo, una obra pesimista y fatal de desventura y de dolor, hemos convertido la dicha de amar en la pena de llorar, porque hemos introducido en su consideración el factor tiempo y le hemos pedido al amor la eternidad, la constancia y el exclusivismo, que son monstruosos por contrarios a la vida, puesto que si la vida acaba, también debe acabar el amor y acaba antes. Si el amor no es toda la felicidad, pero puede darnos momentos de felicidad, que van aparejados, como he dicho antes, a momentos de dolor, hemos de esforzarnos por hacer llevadero el amor y devolverle su lógica y su alegría.

Y casi sin querer, exaltado en el calor de su discurso, puso en una mirada profunda, llena de pasión, sus ojos ardientes en los negros y dulces ojos de Rosa.

El señor conferenciante, que había dejado de serlo, un tanto corrido bajo el aluvión de palabras de Mario, aun hubo de argüir con

fingido aire, entre desdeñoso e incrédulo:

—¡Ah! *Vous avez beau dire,* que dicen los franceses; pero no puedo explicarme por qué entre dos seres que se quieren entrañable y recíprocamente el amor no puede constituir la felicidad.

—Porque no se da en la vida, querido señor—exclamaba Mario—, porque es un engaño romántico, el más falso y el más absurdo de los romanticismos, un amor que tenga la misma intensidad en los dos amantes. Siempre hay uno que quiere y otro que se deja querer; pero el que quiere es el único que goza, y el otro es el único que se aburre; y ved cómo en la práctica de la vida suelen ir tan mal hermanados, por este sencillo hecho real e indiscutible, la felicidad y el amor. Así, pues, el amor, nuestro amor, el que ha de llenarnos la vida, no lo escogemos: lo sufrimos. Hay que pensar que no interviniendo el factor tiempo, es decir, la exigencia de la constancia, que es lo que entristece el amor, el amor de una persona por otra puede durar un año, un mes, un día o una hora, y como la duración nada tiene que ver con la intensidad, tan amor habrá sido durando trescien-

tos sesenta y cinco días como durando sesenta minutos.

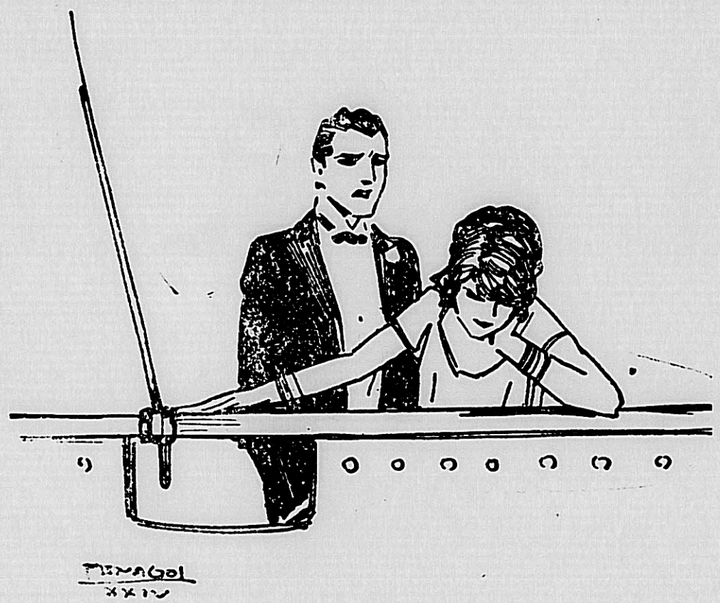
Ana María rompió a aplaudir una vez más, y el señor conferenciante, tomándolo a risa, se azotó ambos muslos con las manos y exclamó, poniéndose de pie:

—Es usted un paradojista formidable, y todo eso que ha dicho usted es muy gracioso; pero carece de lógica. Buenas noches, señores.

Y salió del salón.

La reunión se disolvía. Fuera, en la toldilla, sobre la armonía cadenciosa del mar, desafinaba el fonógrafo un absurdo *one-steep*, y Ana María y el oficial de la Marconi se lanzaron en el vórtice de la danza. Rosa y Mario pasearon mucho tiempo silenciosos en la cubierta de los botes, bajo el encanto de la noche estival, poblada de estrellas, que encendían en luz blanca la pitagórica maravilla de su música. Rosa se detuvo de pronto, y acodada en la borda, mirando al mar fosforescente que escribía en arabescos de espuma su inexplicable lenguaje, dijo a Mario:

—¿De veras, de veras en el amor hay siempre uno que ama y otro que se deja querer?



—De veras, Rosa.

—¿De suerte que cuando una mujer quiere a un hombre con toda su alma y siente que la vida le va a ser imposible sin él, deberá pensar, para curarse, que él no la quiere lo mismo?

Mario la miró con toda el alma asomada a los ojos y cogió con sus manos sudorosas y febriles la cándida nieve de las manos de Rosa:

—Deberá pensar que si él la quiere también con toda su alma, intensamente, profundamente, en un supremo olvido de todo,

ese amor es una excepción, y nada hay tan doloroso en amor como las excepciones apasionadas, niña mía.

Así hablando, ya el amor había puesto en sus ojos, en los ojos de su reflexión, la venda del niño ciego, y en su corazón la flecha de su aljaba, cuando la voz de Ana María los volvió a la realidad:

—Se llega a La Habana mañana muy tempranito, y hay que desembarcar y hay que dormir.

Se despidieron.

Más tarde, en la soledad de su litera, Rosa pensó horrorizada que aquello era una locura, y que su conversación con Mario había tenido casi todos los atributos de un pecado material. "No, no", se dijo a sí misma; las sesudas palabras del conferenciante eran lo moral y lo sano, y ella iba a Lima a casarse con Federico. Queriendo pensar así, queriendo afirmarse en ello, se quedó al fin dormida, y soñó, como siempre que se acostaba con una preocupación, soñó que se casaba en Lima, y que el novio llevaba uniforme de teniente español; pero, ¡ay!, la cara, los modales y el aroma del novio, eran el aroma, los modales y la cara de Mario Volta Guillén.

V

A la mañana del día siguiente, una mañana deslumbrante, con un sol espléndido, el cálido aliento del cielo y algunas ramas de verdura y de algas marinas, con las características *uvas del trópico,* cuyos racimos color de aceituna se mecían sobre la espuma de las olas, anunciaron la proximidad de La Habana, y a poco, al filo de las diez, surgió la visión del puerto, blanco y verde, sobre el mar de oro y bajo el cielo deslumbrante. Unas rocas rosadas, como de una fantástica decoración de teatro, fruncían la inverosimilitud de sus cresterías; las almenadas torres del Morro ostentaban su agresividad de fortaleza, y entre el nítido blancor del caserío, contrastando con él, tendíase el aterciopelado reposo esmeraldino de las sabanas, y unas palmeras inmóviles erguían la gracia de sus plumeros en el aire luminoso y caliente.

Poco a poco los ojos, acostumbrándose a

la crueldad de la luz, apreciaban, por contraste con la blancura del puerto, un azul más intenso y más profundo en el cielo y en el mar.

La chimenea del *Ortega* lanzó un rugido áfono, como el resoplido de un monstruo; la cadena del ancla borboteó crujiente al romper el cristal de las aguas, y un ciento de embarcaciones pequeñas cabriolearon junto al transatlántico gigantesco, que parecía inmóvil por contraste, como un cetáceo rodeado de sus crías que se hubiese dormido a flor de agua en el sopor de la mañana.

La banda de babor del *Ortega* estaba ya llena de maletas y de baúles, y mientras los negros, verdaderas estatuas de ébano envueltas en harapos, corrían, hiriendo los tímpanos con su aguda algarabía que imitaba el español, ofreciéndose para trasladar al puerto el equipaje, el pasaje de primera, reunido en el salón de música, le sacaba la lengua a dos médicos yanquis y a un médico cubano, vestidos de blanquísimo dril.

Ana María, Rosa y Mario fueron de los primeros en descender, y pasearon todo el día recorriendo en automóvil la capital de la



isla luminosa. Se perdieron en el laberinto de callejas de la ciudad antigua, sucia y gris, entre una muchedumbre que gritaba, que se ajetreaba al aire libre, que sacaba a las puertas de su vivienda el íntimo secreto de su hogar y de su vida; discurrieron por las amplias plazas españolas, con sus torres de iglesias católicas y sus soportales de tiempos del coloniaje; almorzaron en un hotel norteamericano, ostras y langosta de New-York y frutas del trópico, el aguacate mantecoso, la chirimoya riquísima, el almibarado jugo de la guanábana y el caldo de la piña hecho refresco, y corrieron por el malecón, por la enorme curva del golfo, a la orilla de un mar de terciopelo, y entráronse por el edénico prodigio de la ciudad moderna, hacia la parte de la población denominada "Los Repartos" y "El Vedado", una población toda de hoteles y de *chalets*, entre jardines olorosos, con un campo inmenso, donde la vegetación exuberante y magnífica alfombraba el suelo en innúmeros cuarteles polícromos.

Fué un día de calor, de aroma, de sensualidad. Mario había sentido durante muchas horas, corriendo en el *ford* estrecho, que los

habaneros llamaban "fotingo", preso entre Ana María y Rosa, el contacto de los muslos de las dos mujeres, y antojábasele que tenía metidos en las venas todo el calor y toda la lujuria del ambiente.

Al atardecer, cuando volvían al barco en la canoa-automóvil, allá lejos, en el *Ortega*, por las escalas echadas trepaban, más que subían, los viajeros cargados de maletas, y sobre el fondo negruzco del casco resaltaban las notas alegres de algunos femeninos sombreros floridos y la pincelada verde y detonante de un loro, que graznaba temeroso al ser izado en su jaula de latón. Casi al nivel del agua, en el disco de las claraboyas, los llamados "ojos de buey", asomaba la curiosidad de unos rostros tiznados de carbón, como cabezas de ahorcados negros por la asfixia. De cuando en cuando la chimenea lanzaba su ronquido áfono y caliente como el jadear de un monstruo, y el silbido taladrante de una metálica sirena barrenaba el ambiente con tal fuerza, que parecía verse en el aire el dibujo en espiral de sus ondas sonoras.

El *Ortega* zarpó de La Habana ya anochecido. Rosa y Mario, en el puente de popa, la

miraban alejarse en silencio. El puerto ruidoso parecía cantar en la noche, y una música misteriosa y alegre, los múltiples ritmos de un danzón sensual que se perseguían a contratiempo en el aire, parecían llegar a ellos como una despedida. Todo el puerto se encendió de pronto y se hundió luego, como si el incendio se apagara en el mar. La noche era cálida, húmeda y azul, y toda brillante de estrellas.

Mario temblaba de amor junto a Rosa, y ya no quería luchar, ya no podía luchar, porque no pensaba, porque sentíase todo encendido por dentro, como en un inesperado y violento despertar de sensualidad que fuera como la postrera lumbrarada de su juventud.

—¡Qué bonita es La Habana!, ¿verdad? —empezó, por decir algo.

—Encantadora—le respondió Rosa—; me hubiera quedado en ella de buena gana.

—¿Sola?—interrogó Mario con intención.

Rosa le miró intensamente sin responder, y Mario insistió:

—Sola, no; conmigo, ¿verdad? Conmigo y para siempre.

—¿Por qué me dice usted eso?—exclamó

la niña con un tono en la voz temblorosa y húmeda, que era a la vez un quejido y una entrega.

—Porque te quiero, porque me quieres, porque nos queremos los dos con toda el alma—prorrumpió Mario de repente, tuteándola loco de ardor.

Ella le respondió entonces con una sonrisa triste:

—Es verdad. ¿A qué negarlo? Es verdad; pero entonces este amor es una excepción, y nada hay tan doloroso en amor como las excepciones apasionadas. Usted me lo ha dicho. Pero en este caso el dolor ha de ser sólo para mí.

—¿Sólo para ti? ¿Por qué?

Una suprema angustia henchía el pecho de la pobre virgen y se desbordó en palabras llenas de pasión.

—Para mí, sí, porque yo voy al matrimonio, que, según usted, no es la felicidad, y que mal puede serlo en mi caso, porque voy a unirme al hombre a quien ya no quiero, a quien he olvidado por usted. ¿No piensa usted, Mario, lo que va a ser de mi vida? Usted ya tiene la suya resuelta, usted se reinte-

gra a su hogar, al amor de los suyos, de su mujer, de sus hijos; se reintegra usted también a las obligaciones de su trabajo, de la misión que tiene usted que cumplir en su patria, y le será fácil olvidar. Yo he sido el amor platónico, la distracción de un viaje, el idilio de un instante. A usted le será fácil olvidar. Pero usted ha sido para mí la revelación de un nuevo sentimiento, el primer amor de mi vida, el amor irrealizable. ¿Cómo lo podré olvidar?

Así dijo, y calló de repente anonadada, considerando aquella su primera catástrofe sentimental, que, por ser la primera, se le antojaba el supremo dolor de su vida. Suspiró largamente y quedóse mirando al cielo, entreabierta la flor de sus labios, que temblaban por la respiración anhelante, como temblaban también bajo la fina seda del corpiño las tibias y asustadas palomas de sus pechos virginales. En el fondo obscuro de cada una de sus pupilas dos lágrimas, dos gotas, como dos diamantes brillaron sin caer. Una asomó hasta las pestañas; tembló un instante asustada, como presintiendo el inmenso dolor de la caída, y rodó luego por la mejilla,

y cayó como una perla en el dorso de su mano. Mario se había inclinado y la recogió con los labios. Después rompió a hablar lleno de sincera emoción.

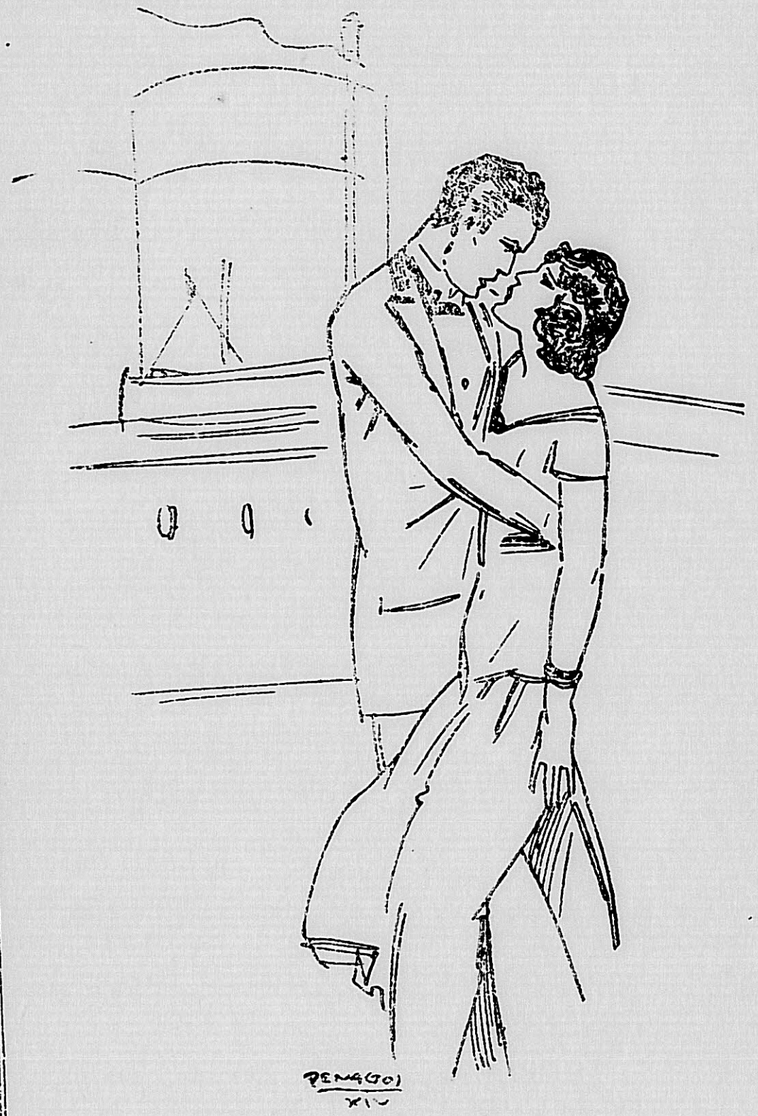
—¿Crees tú que yo podré olvidarte? Yo vuelvo al matrimonio, que ya hemos convenido en que no es la felicidad. Pero ten presente que en mí esta idea no es una teoría, no es una opinión, sino un convencimiento. Mi matrimonio ha sido un error que me ha dado cuatro hijos, cuatro hijos que no tienen la culpa, a los cuales me debo, y que me han obligado y que me obligan a la persistencia en el error. Y ese error—Mario hablaba torpemente, vencido por su sinceridad—, y ese error no era más que eso, un error soportado con resignación, con una resignación que se hacía cada vez más soportable por obra de los años, que iban matando en mí la juventud y el deseo... Y ahora, ahora te he encontrado a ti, tardía e inesperadamente; te he encontrado a ti, que eras el bien soñado y nunca conseguido; a ti, que vienes a decirle a mi alma, y a mi cuerpo, y a mis nervios, y a mis sentidos, y a mi carne, y a mi sangre, que la juventud, no vivida to-

davía, la pudiera gozar, que la primavera, no gozada todavía, la pudiera gozar, que la felicidad aun pudiera ser posible, y... eso..., nada, que ni la juventud ni la felicidad son ya posibles, y que me muero de sed viendo el agua, sintiendo su frescor y sin poderla beber. ¿Comprendes tú, qué va a ser de mi vida, atormentado por tu recuerdo, eternamente desgraciado, pensando en ti, que hubieras podido ser feliz conmigo y que no serás feliz?

Y así diciendo, vencido por la influencia de sus propias palabras y por la emoción del momento, rompió a llorar seriamente, con un llanto sin sollozos, temblando a la vez de lujuria, de ternura y de dolor.

—Mario, Mario. ¿Tú lloras por mí? ¿Tú sufres por mí? ¿Tú vas a sufrir por mí? ¡Mario, por Dios!—exclamó Rosa, vencida, y se estrechó a él.

Entonces, inconscientemente, subyugados por una fuerza misteriosa, los dos cuerpos juntáronse en la sombra en un beso largo y profundo, boca con boca, y los dos cuerpos fueron una sola cosa, esa cosa suprema y divina, el amor; un hombre y una mujer solos, libres, olvidados de todo, que se cambiaban



por los labios del alma, en el silencio de la noche en la inmensidad del cielo y del mar.

Arriba, en la antena de un mástil, parpadeó, chisporroteando varias veces, una luz; era la Marconi, que hablaba y que los volvía a la realidad.

—Es tarde, Mario—exclamó la niña casi sin mirarle.

Y se alejó.

Mario quedóse un instante quieto, solo con su ardor y su inquietud. La paseó luego unos minutos sobre cubierta, fumando nerviosamente, interrogando desesperado a las estrellas, y descendió la escalera como un ebrio a buscar el reposo de su camarote. Al encender la luz de su cabina quedóse perplejo y ahogó un grito en su garganta. Rosa estaba allí.

—Pero ¿cómo? ¿Tú?

Ella apagó la luz y se explicó en la penumbra. No podía dormir, sentía una inquietud horrible; ella se resignaba a sufrir su amor, a ser desgraciada por él; pero no se resignaba a hacerle desgraciado a él.

—¿Te acuerdas?—le decía—. En ese libro de los Goncourt, que tú me prestaste, dice:

"Les jeunesses sont avides de don, de tendresse et de martyre." Yo soy joven, soy tierna y te quiero...

.....

Toda la noche fué un rosario de besos; pero nada más. Mario respetó tembloroso la flor de aquella virginidad, que se le ofrecía loca de amor y de sacrificio; pero a la noche siguiente, acaso confiados por la dicha casi inocente de la primera entrevista, Rosa volvió, volvió envuelta en una bata china, sutil y vaporosa, y en la cabina obscura las manos del galán, un poco involuntariamente, palparon bajo la seda la seda aún más fina de la piel, y se confundieron los alientos, y en un supremo olvido Rosa aprendió, en un grito, entre los brazos de Mario, el verdadero sentido de la vida.

VI

Aquella noche Ana María, que habíase quedado a bordo, sin querer desembarcar en Panamá, dijo a Rosa, a poco de haber vuelto ella de su excursión al puerto adonde la había acompañado Mario:

—Bueno, chiquilla; no es que yo te censure por tus coqueteos con Volta Guillén —para Ana María aquello no había pasado de coqueteos—, no es que yo te lo censure; pero, dentro de dos noches, llegamos al Callao, vas a encontrarte con tu novio y es necesario que olvides lo que ha sido sencillamente un *flirt,* una distracción del viaje. Te digo esto porque a veces me ha parecido que te interesabas demasiado...

Las palabras de Ana María fueron para Rosa como una cruelísima llamada de la realidad. Durante los cinco días que durara el viaje de La Habana a Panamá, Rosa se había abandonado al amor de Mario, gozando sin reflexión de aquella ilícita, oculta y deliciosa luna de miel. Con aquella inconsciencia de los verdaderos enamorados, ya no se apartaban uno de otro en ningún momento del día, y a la noche, en el silencio, en el camarote de Mario, pequeño como un nido, el cuerpo de Rosa supo de todos los refinamientos sensuales bajo las caricias de un amante experto y ardoroso, avaro de un tesoro que no le podía durar. A tanto llegó su olvido, que, ante la negativa de Ana María

a desembarcar en Panamá, porque ya lo conociera de haberlo visitado en otros viajes, Rosa se decidió a bajar sola con Mario, y se pasearon como dos amantes, y visitaron las tiendas de chinos, donde Rosa mercó telas y chucherías, que Mario pagó con su dinero con la naturalidad del marido que sufraga los gastos de su mujer. Ahora, la pobre niña reaccionaba, al escuchar la advertencia de su prima, y avergonzábase, pueril e inconsciente todavía, pensando en lo menos grave, de haberse dejado obsequiar y convidar por un extraño. Y como ésta era la palabra que acudía a sus mientes en la reflexión, un extraño, se rebatió a sí misma, diciéndose que Mario no era un extraño, sino un amigo, y luego que no era su amigo, sino su amante, y esta palabra, amante, al considerar que era novia de otro, la llenaba de inquietud y de espanto.

Pasó el día muy triste, sin atreverse a confiar a Mario su tristeza; pero al siguiente, último que iban a pasar a bordo, se decidió a hablarle para formular proyectos en lo porvenir.

—Te vuelvo a preguntar lo mismo que en

la primera noche, cuando nuestro amor fué una confesión y una esperanza irrealizable; te vuelvo a preguntar lo mismo, Mario mío: ¿qué va a ser de mí? Aun admitiendo que mi novio no advirtiera nada, yo soy incapaz de repartirme; yo soy incapaz de engañar; yo no podré soportar sus caricias; yo no podré decir que sí ante el altar.

Mario la tranquilizaba, lleno de fe. Para él todo era muy sencillo.

—¿Pues no dices que sí?

—Pero ¿cómo?—insistía Rosa.

—No dices que sí ni que no; no te pones en el trance de tener que decirlo. En una palabra: no te casas. Tú no puedes casarte con ese hombre. A los pocos días de trataros surge una desavenencia cualquiera, que surgirá fácilmente, puesto que tú no le quieres, y se rompe el noviazgo.

—¿Y habré venido a América para eso?—preguntaba Rosa a quien por la misma facilidad con que pintaba Mario la solución se le antojaba irrealizable—. ¿Y cómo le pagaré diez mil pesetas que él me envió, pensando que se las enviaba a su novia, a su mujer, porque él ya me consideraba su mujer?

Mario insistía:

—Te las daré yo: no te preocupes.

Rosa interrogaba aún:

—¿Y después, Mario mío, después?

—Después...—Mario sintió ante esta pregunta vacilar su fe—. Después... ¿Qué quieres que te diga? Después, no sé; yo no puedo abandonar mi hogar; yo no puedo dejar a mis hijos y dar un escándalo; pero tampoco puedo dejarte; tampoco puedo perderte, no quiero perderte. Nos amaremos en silencio, en secreto, como aquí...

Ana María vino a interrumpir la conversación, advirtiéndoles que era la hora de comer, y mientras Rosa fué al camarote a componerse, aun halló coyuntura para decirle a Mario, sonriente y despechada:

—Es muy hermosa mi prima, ¿verdad?; pero es un imposible. Yo era menos hermosa, pero más segura... Usted lo ha querido, y en el pecado lleva la penitenecia.

Después de la comida, Rosa, que no había probado bocado ni pronunciado palabra, preguntó a Mario:

—¿Llevas contigo un retrato de tu mujer?

—¿Por qué?—interrogó a su vez Volta.

Rosa respondió, disimulando lo íntimo de su pensamiento:

—Por nada, para conocerla, para precaverme cuando la encuentre en la calle.

Mario le enseñó un grupo de su mujer con sus cuatro hijos. Era una mujer vulgar, más bien gruesa; pero de rostro simpático y con una infinita expresión de bondad.

Aquella noche, como a la una estaría ya a la vista el puerto e iban a desembarcar muy de mañana, Ana María y Rosa se retiraron temprano al camarote para disponer los últimos pormenores del equipaje de mano. Rosa habíale prometido a Mario ir a verle más tarde para despedirse a solas, antes de interrumpir unos amores que habrían de continuar luego en la ciudad, y fiel a su promesa, calzóse las chinelas y vistióse la bata como todas las noches; pero, presa de una horrible inquietud, subió a cubierta antes para estar a solas un rato consigo misma y pensar.

Como en las noches de idilio con Mario, se acodó en la borda y miró el mar, ese mar que en Santander, hacía menos de un mes, había herido tan profundamente su sensibilidad y fué luego el buen amigo armonioso

y cadencioso que arrullara y meciera sus amores. Se sintió sola, profundamente sola sin Mario, y pensó que ya toda la vida viviría sin él. Sí, viviría sin él, porque la solución que proponía su amante era imposible de realizar. Admitido que rompiera con su novio, porque tenía que romper, porque ella no podía engañar, porque ella no podía repartirse; pero si no podía engañar a su novio, tampoco podría engañar a la mujer de Mario, y si no sabía repartirse, tampoco se resignaba a repartir a su Mario. Sintió que en su corazón apasionado se clavaba el aguijón de unos celos horribles contra la mujer legítima de su amante, y comprendió que no podría tolerar su situación, que no podría vivir. Todo aquello se le antojaba espantoso, pero no se arrepentía de haberse dado, y las palabras de los Goncourt, "la juventud se siente ávida de ternura, de amor y de sacrificio", acudían a su mente como un supremo consuelo, como una suprema razón, como un supremo orgullo. Le parecía que su vida ya no tenía objeto y estaba vacía de sentido; pero como había estado durante un mes llena

de amor, porque ella había vivido a todo amor según un barco que corre a toda máquina y un corcel que se desboca en la carrera, le parecía también que haber vivido a todo amor y haberse dado en sacrificio por ese amor, justificaba toda su vida y justificaba su muerte.

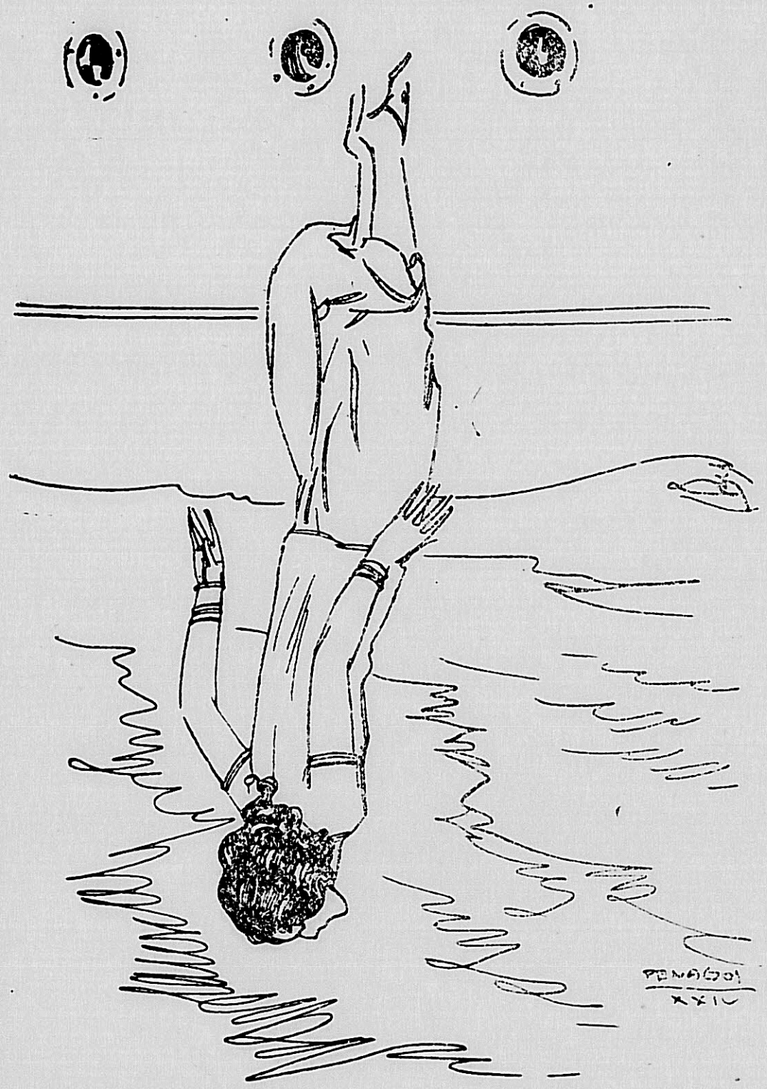
¡Y sintió el voluptuoso deseo de morir por el que amaba!

Lentamente, perdida en la desesperación de un dolor sin remedio y en la alegría malsana e insensata de un amor que ya no podía llegar a más, se encaramó sobre la baranda de cubierta; aspiró una gran bocanada de aire impregnado de yodo y salitre; miró el agua negra y brillante que le ofrecía la tentación de su abismo; inclinó la cabeza; abrió los brazos y se lanzó en el vacío.

Un grito varonil rasgó el silencio de la noche.

—¡Hombre al agua!

El silbato del vapor lanzó cuatro o cinco alaridos de alarma y la máquina cesó de galopar. Antes de un minuto la cubierta estaba llena de viajeros a medio vestir.



—Ha sido una mujer—decía un marinero.

Y mientras corrían unos y otros averiguando quién podía ser, Ana María subía gritando como una loca:

—¡Rosa no está en su camarote! ¡Ha sido mi prima! ¡Ha sido mi prima!

Por los pasillos de los camarotes, en el salón de fumar, en el salón de música, en la cubierta de los botes, en el puente de comando, se oía el grito de Ana María, que salía fuera y galopaba sobre las olas:

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡Rosa!

.....

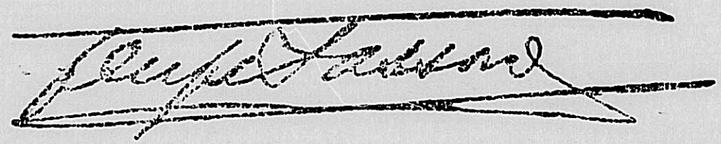
En el extremo de popa, Mario, fija la mirada extraviada en el agua que le había robado su tesoro, lloraba en silencio copiosamente.

El barco hizo varias maniobras: lanzó botes salvavidas, exploró inútilmente el sendero innumerable... ¡Rosa, la deidad marina, había vuelto para siempre al mar!

Más tarde, ante la absoluta inutilidad de todo esfuerzo, el *Ortega* enderezaba de nuevo su rumbo al Callao.

El viento silbó un instante con un ulular trágico en las guindalesas, las jarcias y los

calabrotes, y la bonanza volvió. La noche era tranquila, y allá lejos, en el confín del horizonte, las luces del Callao se alinearon de pronto en el fondo obscuro y sonrieron a la noche.



Madrid, junio 1 y 6 de 1924.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

EN NUESTRO NÚMERO

PRÓXIMO PUBLICAREMOS

Miguelillo, el de la Cava

POR

ANTONIO CASERO

ILUSTRACIONES DE

ANTONIO CASERO (HIJO)